Textos y glosas

CiuD-Ra 239-2 (2026) 497-561

León XIV: Biografía, marco hermenéutico del primer año de pontificado y su conocimiento de España

Resumen

Este estudio ofrece una interpretación de la figura de León XIV a partir de su trayectoria biográfica y del marco hermenéutico que se desprende de su primer año de pontificado. Se destaca un estilo pastoral caracterizado por el discernimiento de clara raíz agustiniana, que privilegia la interioridad como espacio teológico, espiritual y pastoral desde el cual leer la complejidad histórica. En lugar de proponer respuestas inmediatas o normativas cerradas, su magisterio inicial se orienta a ofrecer criterios interpretativos que permitan a la Iglesia contemporánea situarse dinámicamente ante los desafíos actuales. En este horizonte, emergen categorías clave como la sinodalidad y una eclesiología de comunión en proceso, donde las tensiones –lejos de ser suprimidas– son asumidas e integradas como lugar de crecimiento. El estudio aborda también cuestiones relevantes para el contexto eclesial actual, como los fenómenos migratorios, la centralidad de los pobres en la acción pastoral y la geopolítica, así como debates abiertos en torno al diaconado femenino, el ecumenismo y la construcción de la paz. En este contexto, España emerge como un espacio interpretativo privilegiado, donde convergen procesos de secularización, pluralidad cultural, y potencial de renovación eclesial. El viaje apostólico se comprende como un acto hermenéutico en el que se verifica la tesis de que la Iglesia solo se entiende en la historia concreta de los pueblos. Así, España se configura como signo y laboratorio de una sinodalidad vivida, donde nuevas formas de comunión –especialmente entre jóvenes, comunidades y migrantes– abren horizontes para una fe viva, encarnada y capaz de dialogar creativamente con la complejidad cultural del presente.

Palabras claves: León XIV, biografía, pontificado, hermenéutica, interioridad agustiniana, discernimiento, sinodalidad, eclesiología, ecumenismo, paz, pobres, España, Iglesia contemporánea, evangelización, migraciones, secularización, geopolítica, diaconado femenino.

Abstract

This study offers an interpretation of Leo XIV's life based on his biographical trajectory and the hermeneutical framework that emerges from his first year

as Pope. It highlights a pastoral style characterized by discernment with clear Augustinian roots, which privileges interiority as a theological, spiritual, and pastoral space from which to interpret historical complexity. Instead of proposing immediate answers or closed norms, his initial magisterium is oriented toward offering interpretive criteria that allow the contemporary Church to dynamically position itself in the face of current challenges. Within this framework, key categories emerge, such as synodality and an ecclesiology of communion in process, where tensions – far from being suppressed – are embraced and integrated as a source of growth. The study also addresses issues relevant to the current ecclesial context, such as migration, the centrality of the poor in pastoral action and geopolitics, as well as ongoing debates surrounding the female diaconate, ecumenism, and peacebuilding. In this context, Spain emerges as a privileged interpretive space, where processes of secularization, cultural plurality, and the potential for ecclesial renewal converge. The apostolic journey is understood as a hermeneutical act that verifies the thesis that the Church is only understood within the concrete history of its peoples. Thus, Spain is configured as a sign and laboratory of lived synodality, where new forms of communion – especially among young people, communities, and migrants – open horizons for a living, incarnate faith capable of creatively engaging in dialogue with the cultural complexity of the present.

KEYWORDS: Leo XIV, biography, pontificate, hermeneutics, Augustinian interiority, discernment, synodality, ecclesiology, ecumenism, peace, the poor, Spain, contemporary Church, evangelization, migration, secularization, geopolitics, female diaconate.

I. PRESENTACIÓN

Comprender el pontificado de León XIV exige superar los enfoques meramente descriptivos o cronológicos. No basta con reconstruir su biografía ni con enumerar sus primeras decisiones de gobierno. La clave interpretativa más fecunda reside, más bien, en atender a su propia voz, al modo en que el Pontífice comprende la Iglesia, discierne el momento histórico y asume la misión que le ha sido confiada. Este trabajo parte de esa convicción fundamental: el verdadero acceso a León XIV se encuentra en el horizonte hermenéutico que sostiene su magisterio.

Desde esta perspectiva, las páginas que siguen se presentan como un cuaderno de bitácora para adentrarse en la comprensión de León XIV desde el rigor y la objetividad de mi biografía sobre el Papa agustino y la densidad de un pontificado en gestación. En sus páginas

se entrelazan la experiencia de inculturación en Chiclayo, las heridas abiertas por el Sodalicio y la lectura crítica de narrativas interesadas –como las de *Infovaticana*–, con una mirada más amplia que sitúa al Pontífice en la tensión fecunda entre tradición y renovación, autoridad y comunión, jerarquía y sinodalidad.

León XIV aparece así como heredero y a la vez intérprete de una doble línea eclesial, la que une a Juan XXIII con Francisco en clave de apertura y discernimiento, y la que vincula a Pablo VI con su propio magisterio en profundidad teológica y conciencia histórica. En este horizonte se inscriben varias cuestiones, entre otras el diaconado femenino y la sinodalidad ecuménica, abordadas no desde la urgencia, sino desde un proceso de escucha que hunde sus raíces en el depósito de la fe, en la eclesiología y en la vida de la comunidad.

El perfil espiritual y geopolítico se configura desde la centralidad del maestro interior y la interioridad agustiniana, proyectadas hacia una Iglesia llamada a construir puentes de diálogo y a caminar juntos desde las Iglesias locales. Construir puentes de diálogo implica, en la perspectiva de León XIV, reconocer a las Iglesias locales no como meros ámbitos de aplicación, sino como verdaderos sujetos eclesiales donde la fe se encarna, se discierne y se expresa con rostro propio. Por lo demás, la sinodalidad es concebida no como estrategia organizativa, sino como forma constitutiva de la vida eclesial, donde la esperanza viene recuperada como categoría teológica capaz de articular una respuesta cristiana ante las incertidumbres del mundo contemporáneo.

Bajo el signo de "peregrinos de esperanza", León XIV se muestra como un peregrino hacia Dios que no elude la complejidad del presente, sino que la habita desde la interioridad, la verdad y el amor, tres ejes vertebradores de su pensamiento de inspiración agustiniana. El perfil que emerge es el de un Pontífice profundamente reflexivo, que no contrapone interioridad y compromiso, sino que los integra en una visión unitaria de la fe.

León XIV se muestra particularmente atento a la necesidad de traducir la experiencia cristiana al lenguaje de nuestro tiempo, sin diluir por ello su densidad teológica. Su propuesta no se sitúa en la lógica de la ruptura ni en la mera continuidad inercial, sino en la de

un desarrollo orgánico, enraizado en la tradición viva de la Iglesia y orientado hacia una renovación más profunda que visible.

Desde mi perspectiva, este proceso de maduración de su magisterio se hace especialmente patente en su modo de abordar cuestiones fundamentales: la identidad de la Iglesia en un contexto plural, su relación con sociedades marcadas por la secularización y las transformaciones culturales, y el desafío permanente de anunciar el Evangelio de forma inteligible y significativa. En todos estos ámbitos, León XIV propone no tanto soluciones inmediatas cuanto itinerarios de discernimiento que reclaman una implicación activa del conjunto del pueblo de Dios.

En este marco general se inscribe una cuestión más concreta, pero de notable valor interpretativo, como es su conocimiento de España. Lejos de tratarse de un elemento accesorio, esta atención permite iluminar aspectos relevantes de su visión histórica, cultural y eclesial. A través de seis estudios breves exploro distintas dimensiones de dicha relación, mostrando cómo España aparece en su horizonte como un espacio donde la interacción entre tradición cristiana y modernidad adquiere una especial intensidad.

En efecto, la realidad española se presenta como un lugar particularmente significativo para observar las tensiones y oportunidades que atraviesan hoy a la Iglesia: la persistencia de una memoria religiosa profunda junto a procesos avanzados de secularización; la riqueza de una tradición espiritual y cultural de largo recorrido junto a los desafíos de una sociedad plural y cambiante. Desde esta perspectiva, España se configura como un ámbito privilegiado para comprender, en clave concreta, algunas de las intuiciones fundamentales del pontificado de León XIV.

El objetivo de este trabajo no es, por tanto, ofrecer una síntesis cerrada ni un juicio definitivo, sino abrir un espacio de reflexión que permita acompañar, comprender y evaluar un magisterio en proceso. En la medida en que León XIV continúa desplegando su pensamiento y su acción pastoral, estas páginas aspiran a servir como instrumento de lectura crítica y como invitación al discernimiento, en fidelidad a la tradición y en diálogo con el presente.

II. Biografía de León XIV: Vocación, camino y pastor universal

Las preguntas inteligentes formuladas el pasado 27 de diciembre de 2025 por Juan Manuel Vidal, periodista de *Religión Digital*, con motivo de la publicación de mi *Biografía de León XIV* (Editorial San Pablo, Madrid 2025), constituyen un punto de partida particularmente fecundo para despejar objeciones, matizar apreciaciones y amplificar la reflexión de carácter académico acerca de la vida y el pontificado de León XIV.

1. Como compañero que compartió estudios y sueños juveniles en el Colegio Internacional Santa Mónica de Roma, conoce a Prevost por dentro y por fuera. ¿Como amigo, no ha perdido objetividad a la hora de escribir la *Biografía de León XIV*?

La objeción me parece no solo legítima, sino metodológicamente necesaria. Es, en efecto, una de las primeras cuestiones que deben plantearse ante cualquier biografía elaborada por alguien que ha conocido personalmente al biografiado, pues obliga a explicitar el lugar desde el que se escribe y las condiciones de posibilidad de la propia objetividad.

En mi caso, como compañero de estudios de Robert Prevost en Roma durante cuatro cursos (1981-1985), conviene introducir una distinción analítica precisa. Por un lado, resulta innegable que la cercanía personal puede incidir en la mirada del biógrafo, puede favorecer una cierta benevolencia interpretativa ante zonas grises o facilitar la justificación interna de decisiones que, desde fuera, podrían suscitar mayor controversia. Esta es una limitación real, que no debe ser minimizada, sino reconocida con honestidad intelectual.

Sin embargo, reducir la proximidad a un mero factor de distorsión sería igualmente simplificador. Esa misma cercanía proporciona un acceso privilegiado a dimensiones difícilmente alcanzables por una investigación exclusivamente documental. Me refiero, en particular, al conocimiento directo de la formación intelectual y espiritual de

Prevost, a los códigos internos –tanto agustinianos como romanos– en los que se configuró su identidad, así como a los rasgos de carácter, motivaciones profundas y estilos relacionales que solo se dejan entrever en la convivencia cotidiana.

El hecho de haber conocido y tratado a "Bob" –nombre familiar con el que era habitualmente llamado en el Colegio Internacional de Santa Mónica– permite situar su trayectoria posterior dentro de un marco interpretativo más denso y matizado. No se trata de sustituir el análisis crítico por el recuerdo personal, sino de integrar ambos niveles en una hermenéutica más completa, capaz de conjugar cercanía y distancia.

En este sentido, la objetividad no debe entenderse como ausencia de implicación, sino como ejercicio riguroso de autoconciencia crítica. Saber desde dónde se mira, qué límites condicionan la mirada y qué potencialidades la enriquecen. Solo así es posible aspirar a una biografía que, sin renunciar a la proximidad, mantenga la exigencia de verdad y la honestidad intelectual necesarias para comprender, en toda su complejidad, la figura de León XIV.

2. ¿En Chulucanas primero y en Chiclayo después se inculturó a fondo y se jugó el tipo por los más pobres y descartados?

Puede afirmarse con fundamento que Robert Prevost vivió un proceso de inculturación profundo y sostenido, primero en Chulucanas y después en Chiclayo. No se trató de una presencia funcional ni episódica, sino de una inserción real en el tejido social, cultural y eclesial del norte peruano, caracterizado por la pobreza estructural, la religiosidad popular y contextos de fuerte conflictividad.

Esta inculturación no fue solo adaptativa, sino transformadora. Implicó aprender lenguajes, códigos relacionales y formas concretas de vivir la fe en comunidades marcadas por la precariedad, pero también por una notable densidad humana y espiritual. Prevost no actuó como un agente externo, sino como un misionero que fue asumiendo progresivamente el ritmo, las prioridades y las heridas de la Iglesia local.

En su ejercicio pastoral y de gobierno se advierte con claridad una opción preferencial por los pobres, entendida en su sentido más clásico y eclesial: cercanía efectiva, escucha paciente, acompañamiento sostenido y, cuando fue necesario, una defensa institucional firme. "Jugarse el tipo", en este contexto, no remite a gestos retóricos o espectaculares, sino a la asunción de riesgos reales: afrontar conflictos sociales violentos, incomodar a poderes establecidos o sostener el desgaste personal ante campañas de deslegitimación.

Algunos hitos permiten situar concretamente este itinerario: el contexto de violencia heredado de Sendero Luminoso, las tensiones generadas en torno al Sodalicio, y las situaciones de emergencia provocadas tanto por el fenómeno de El Niño como por la pandemia de la Covid-19. En todos estos escenarios, la respuesta de Prevost se caracterizó por una presencia constante, una capacidad de articulación eclesial y una cercanía reconocida por amplios sectores del pueblo peruano.

En este sentido, su trayectoria misionera en Chulucanas, Trujillo y Chiclayo no solo resulta coherente, sino que ha sido percibida mayoritariamente como creíble. Más que una estrategia pastoral, se trata de un estilo de presencia, el de quien ha aprendido a habitar una realidad concreta desde dentro, dejándose afectar por ella y respondiendo con responsabilidad evangélica.

3. Viajó con usted por España y regresó muchas veces como General. ¿Se puede decir que conoce bien la idiosincrasia espiritual española? ¿Y a la mayoría de los obispos españoles?

Ciertamente, el conocimiento que Robert Prevost posee de España no es circunstancial ni meramente institucional, sino fruto de una experiencia prolongada y diversificada en el tiempo. Ya en el verano de 1982, siendo ambos estudiantes en Roma, recorrió distintas regiones –Galicia, Castilla y León, Madrid, entre otras– en un contexto de convivencia fraterna con otros agustinos, lo que le permitió un primer contacto directo con la realidad cultural y eclesial española.

Posteriormente, durante su servicio como Prior General de la Orden de San Agustín (2001–2013), regresó en numerosas ocasiones, visitando comunidades, participando en encuentros y recorriendo ciudades y pueblos muy diversos. Estos viajes fueron mucho más allá de lo protocolario, implicaron tiempos de estancia real, diálogo con religiosos y religiosas, y encuentros con obispos y responsables de distintas realidades pastorales.

En este sentido, puede afirmarse con fundamento que conoce bien la idiosincrasia espiritual española, particularmente en su pluralidad interna. Ahora bien, esta afirmación requiere una doble precisión. Por una parte, su conocimiento abarca los grandes rasgos del catolicismo en España, el peso específico de su historia, las tensiones que lo atraviesan y la coexistencia –no siempre pacífica– entre una tradición robusta y procesos avanzados de secularización. Por otra, en lo que respecta al episcopado, su conocimiento es amplio en sus líneas generales, aunque necesariamente no exhaustivo ni uniforme en todas las regiones y sensibilidades.

Se trata, en cualquier caso, de un conocimiento eminentemente práctico y relacional, no meramente teórico. Nace del trato personal, de la escucha directa y de la experiencia acumulada en responsabilidades de gobierno –como Prior General, obispo de Chiclayo y cardenal prefecto del Dicasterio para los Obispos–, que le han permitido acceder a claves culturales, afectivas y religiosas esenciales para comprender el catolicismo español en su complejidad.

4. ¿Jugó un papel destacado en la condena y supresión del Sodalicio?

Puede sostenerse con fundamento que el entonces obispo Robert Prevost desempeñó un papel relevante y activo en el proceso que condujo a la condena y posterior supresión del *Sodalitium Christianae Vitae*, si bien no fue el único actor ni actuó de manera aislada. Su intervención se sitúa en una fase clave, cuando aún no existía un consenso eclesial claro sobre la gravedad y el alcance de los abusos denunciados.

Durante su ministerio en Chiclayo, Prevost escuchó directamente a las víctimas vinculadas al Sodalicio y tomó en serio sus testimonios

en un contexto en el que otros responsables eclesiales mostraban reticencias o cautelas. Este dato no es menor, pues indica una disposición pastoral y un criterio de discernimiento que prioriza la realidad sufriente sobre las inercias institucionales.

Su papel puede describirse, con propiedad, como el de mediador o "puente" entre las víctimas y las instancias superiores de la Iglesia. No solo canalizó información relevante, sino que favoreció espacios de encuentro que resultaron decisivos. Entre ellos, destaca la facilitación de contactos con autoridades vaticanas, incluida una reunión con el papa Francisco que contribuyó a desbloquear el proceso y a impulsar una investigación más rigurosa y sistemática.

A ello se suma un elemento particularmente significativo desde el punto de vista eclesiológico, como es la valoración crítica que el propio Prevost expresó ante responsables del Sodalicio, afirmando que, a su juicio, la organización carecía de un carisma auténtico dentro de la Iglesia. Esta posición, ya explícita en 2021, suponía un distanciamiento claro respecto a la defensa tradicional de la institución y reflejaba un discernimiento interno maduro y fundamentado.

El proceso posterior, promovido por la Santa Sede, culminó en la disolución formal de la sociedad de vida apostólica por decisión del papa Francisco. En este itinerario, la actuación de Prevost –discreta pero eficaz – contribuyó de manera significativa a crear las condiciones que hicieron posible dicha resolución. Hablar, por tanto, de una acción "en la sombra" no implica opacidad, sino una forma de ejercicio de responsabilidad que privilegia la eficacia pastoral y la búsqueda de la verdad sobre el protagonismo personal.

5. ¿Es verdad que Francisco le 'nombró' su delfín? ¿Por qué?

La afirmación de que el papa Francisco "nombró" al cardenal Prevost como su "delfín" no puede sostenerse en sentido literal ni institucional. En la Iglesia católica no existe la figura de designación sucesoria por parte del Pontífice. El Papa no elige a su sucesor. Este es elegido exclusivamente por los cardenales electores reunidos en cónclave, y cualquier eventual preferencia personal carece de valor jurídico.

Ahora bien, el término "delfín" ha sido utilizado con frecuencia en el ámbito vaticanista y biográfico en un sentido interpretativo, no formal. En este registro, no alude a un nombramiento explícito, sino a la percepción de que una determinada figura encarna con mayor claridad la continuidad de las orientaciones eclesiales, las prioridades pastorales y el estilo de gobierno del pontificado precedente.

En este sentido, la relación entre Jorge Mario Bergoglio y Robert Prevost, tal como se documenta en mi *Biografía de León XIV*, ofrece elementos que permiten comprender el origen de esta interpretación. Existieron vínculos previos de confianza y estima, ya desde la etapa en que Bergoglio era arzobispo de Buenos Aires y Prevost desempeñaba responsabilidades como prior general de los agustinos, y posteriormente como obispo de Chiclayo. A ello se suman gestos y decisiones de Francisco que, sin constituir una designación formal, sí pueden leerse como signos de particular confianza.

Más allá de lo relacional, también se constata una sintonía sustantiva. Ambos comparten una misma matriz eclesial latinoamericana, una sensibilidad pastoral centrada en los pobres, una atención constante a la doctrina social de la Iglesia y a los derechos humanos, así como un estilo de liderazgo que busca integrar más que polarizar. Esta convergencia no implica identidad, pero sí una afinidad significativa en la manera de comprender la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

A ello se añade un elemento de peso, el amplio conocimiento que Prevost posee de la Iglesia universal. Su trayectoria le ha permitido un contacto directo con episcopados, conferencias episcopales, dicasterios, órdenes y congregaciones religiosas, así como con múltiples realidades eclesiales en diversos continentes. Este perfil, a la vez pastoral y global, lo situaba en una posición singular dentro del colegio cardenalicio.

Con todo, la elección en cónclave responde a una lógica propia, marcada por el discernimiento colegial y la libertad de los cardenales electores, que la tradición de la Iglesia reconoce como abierta a la acción del Espíritu Santo. En ese marco, el cardenal Prevost fue elegido en la cuarta votación, alcanzando la mayoría requerida. Más que la confirmación de un supuesto "delfinazgo", este hecho puede interpre-

tarse como la convergencia entre un perfil percibido como adecuado y el juicio libre del colegio electoral en un momento concreto de la historia de la Iglesia.

6. ¿*Infovaticana* intentó torpedear con malas artes la candidatura de Prevost en el precónclave?

Puede sostenerse, con base en datos verificables, que *Infovaticana* publicó en los días previos al cónclave un dossier crítico sobre el cardenal Prevost, en el que se retomaban acusaciones relativas a supuestos encubrimientos de abusos. No se trató de menciones marginales, sino de un conjunto articulado de documentos, testimonios y referencias orientadas a poner en cuestión su actuación como obispo.

Este tipo de publicaciones contribuyó a intensificar el debate mediático en torno a su figura en un momento particularmente sensible, generando un clima de sospecha que, de facto, podía incidir en la percepción pública –y eventualmente eclesial– de su idoneidad como candidato. En ese sentido, resulta razonable interpretar estas intervenciones como intentos de influir en la opinión, especialmente mediante la exposición reiterada de elementos críticos en los días inmediatamente anteriores a la elección.

Ahora bien, conviene introducir una distinción analítica importante. Por un lado, dichas publicaciones no aportaron pruebas nuevas de carácter legal o canónico que invalidaran de manera verificable la reputación del cardenal Prevost. Por otro, parte de las acusaciones ya habían circulado previamente en determinados ámbitos y fueron presentadas, en muchos casos, con un tono más cercano al registro polémico o sensacionalista que al análisis académico o jurídico.

Asimismo, instancias eclesiales competentes –como la diócesis de Chiclayo y el Dicasterio para la Doctrina de la Fe– habían ofrecido aclaraciones sobre los casos mencionados, lo que introduce un elemento de contraste relevante en la valoración de dichas informaciones.

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que *Infovaticana* y otros medios afines contribuyeron a configurar una narrativa crítica que buscaba cuestionar la idoneidad de Prevost como *papable*, lo que

permite hablar, en sentido amplio, de una campaña de desgaste reputacional en el plano mediático. Sin embargo, no existe evidencia verificable de que tales iniciativas formaran parte de una operación coordinada en el interior del Vaticano para condicionar directamente el resultado del cónclave. En consecuencia, el fenómeno debe interpretarse principalmente en el ámbito de la comunicación eclesial y de la disputa de marcos interpretativos, más que como una intervención orgánica en los mecanismos formales de decisión de la Iglesia.

7. ¿Después de un Juan XXIII-Francisco estamos ante un Pablo VI-León XIV?

La comparación entre Juan XXIII–Francisco y Pablo VI–León XIV resulta sugerente y, en buena medida, razonable, siempre que se entienda como una analogía histórico-interpretativa y no como una equivalencia estricta de contextos o personalidades. Formulada con este criterio, permite iluminar dinámicas profundas del actual momento eclesial.

Juan XXIII y Francisco comparten, en efecto, un mismo tipo de función histórica: la de pontífices de apertura. Ninguno de los dos se situó en una lógica de cierre o de síntesis, sino en la de desencadenar procesos. Ambos asumieron el coste de la incomprensión interna y de la crítica para modificar el clima eclesial. Juan XXIII, mediante la convocatoria del concilio Vaticano II; Francisco, a través del impulso a la sinodalidad, la reforma de la Curia, la centralidad de las periferias y la configuración de una nueva gramática pastoral. En ambos casos, el gesto inaugural –más que su desarrollo sistemático– constituye el núcleo de su legado.

El paralelismo entre Pablo VI y León XIV se muestra particularmente fecundo. Ambos reciben una Iglesia en tensión: Pablo VI, con un Concilio en curso, expectativas desbordadas y una creciente polarización; León XIV, con procesos de reforma abiertos, resistencias explícitas y una fragmentación ideológica más visible. Ninguno de los dos llega para inaugurar, sino para consolidar, ordenar y discernir. Se trata de una tarea menos visible, pero históricamente más compleja; dar forma estable a impulsos ya iniciados sin sofocar su dinamismo.

En cuanto al perfil de gobierno, pueden identificarse afinidades significativas: un temperamento reflexivo, un sentido institucional marcado, escasa inclinación al populismo, una fuerte preocupación por la unidad eclesial y la voluntad de traducir intuiciones pastorales en estructuras duraderas. Sin embargo, la analogía no debe forzarse. Pablo VI ejerció su ministerio en una Iglesia aun culturalmente hegemónica, mientras que León XIV lo hace en un contexto de secularización avanzada y pluralismo radical. Además, el bagaje latinoamericano de León XIV introduce categorías pastorales –como la centralidad de los pobres o la teología del pueblo– que no formaban parte del horizonte inmediato de Montini. A ello se suma la diferencia en el ecosistema mediático: la exposición pública, la velocidad de circulación de la información y la presión comunicativa actual no tienen precedentes en la época de Pablo VI.

En definitiva, la comparación, bien entendida, no pretende establecer paralelismos rígidos, sino ofrecer una clave de lectura: León XIV aparece menos como un pontífice de ruptura que como un pontífice de configuración, llamado a discernir, estabilizar y proyectar en el tiempo los procesos abiertos en la etapa anterior.

8. ¿El proceso sinodal seguirá adelante?

Puede afirmarse con fundamento que el proceso sinodal continuará bajo León XIV, aunque no con el mismo ritmo, estilo ni énfasis retórico característicos del pontificado de Francisco. La cuestión decisiva no es la continuidad en términos formales, sino el tipo de continuidad que cabe esperar en esta nueva etapa.

La sinodalidad ha dejado de ser un proyecto personal para convertirse en un marco eclesiológico operativo. En efecto, la sinodalidad se ha plasmado en documentos, generado estructuras, implicado a las conferencias episcopales y comenzado a integrarse en la praxis ordinaria de la Iglesia. Su eventual reversión requeriría una decisión explícita, de alto coste eclesial, para la cual no existen indicios racionales en el magisterio de León XIV.

Más bien, todo apunta a un desplazamiento de fase. El Papa agustino, coherente con su perfil agustiniano, misionero y preocupación

por la unidad, tenderá a conducir la sinodalidad hacia formas más gobernables: menos lenguaje programático y más precisión normativa; menor ambigüedad interpretativa y mayor delimitación canónica; menor exposición mediática y una integración más orgánica en las estructuras de gobierno eclesial.

No se trata, por tanto, de una ralentización en sentido negativo, sino de un proceso de maduración institucional. La sinodalidad entra en una etapa en la que debe demostrar su viabilidad, su coherencia interna y su capacidad de generar decisiones vinculantes sin diluir la comunión.

En términos sintéticos, el tránsito es claro. Del impulso a la consolidación, del experimento a la estructura, del carisma a la institución. O, dicho de manera más directa todavía, una fase con menos énfasis discursivo y mayor densidad decisional, donde la verdadera prueba de la sinodalidad será su capacidad para asumir –y sostener– decisiones difíciles en el marco de la unidad eclesial.

9. Y sin embargo, la comisión diaconal acaba de decir no al diaconado femenino como ministerio ordenado en la Iglesia católica.

Puede sostenerse que, bajo León XIV, la sinodalidad queda afirmada como horizonte eclesial estable y, simultáneamente, delimitada en su alcance doctrinal. La cuestión del diaconado femenino como ministerio ordenado ilustra con particular claridad esta doble afirmación: continuidad del proceso sinodal y explicitación de sus límites.

Uno de los malentendidos más extendidos –acentuado en la fase anterior– ha sido identificar sinodalidad con democratización doctrinal o con un mecanismo indirecto de reforma del magisterio. León XIV parece situarse en una clave distinta y más precisa: escucha amplia, discernimiento comunitario real y, finalmente, decisión vinculante condicionada por la fidelidad a los límites doctrinales ya establecidos. La sinodalidad no sustituye al depósito de la fe, sino que opera dentro de él.

En este sentido, lo ocurrido con la comisión diaconal resulta paradigmático. En primer lugar, porque se llevó a cabo un estudio serio de las fuentes históricas, los argumentos teológicos y las prácticas de

la Iglesia primitiva. En segundo lugar, porque el resultado negativo no invalida el proceso sinodal, sino que evidencia que la escucha eclesial no garantiza la confirmación de determinadas expectativas. La sinodalidad no es un procedimiento orientado a producir resultados previamente deseados.

Más aún, la conclusión de la comisión señala un límite doctrinal relevante: la pertenencia del diaconado al sacramento del Orden y la no disponibilidad de la estructura esencial de dicho sacramento para ser modificada por vía sinodal. Este punto establece una frontera nítida entre desarrollo pastoral y alteración sacramental, evitando una confusión que terminaría por erosionar la consistencia eclesiológica.

Desde esta perspectiva, la sinodalidad en León XIV se orienta a reordenar la participación más que a redefinir la doctrina; a fortalecer la corresponsabilidad sin clericalizar nuevos ámbitos; y a ampliar espacios de decisión sin diluir la estructura sacramental. El "no" al diaconado femenino, en este marco, no aparece como un retroceso, sino como una clarificación necesaria que preserva la coherencia del proceso y evita que la sinodalidad derive en un campo permanente de frustración. Este rechazo no implica inmovilismo respecto al papel de la mujer en la Iglesia, sino un desplazamiento del debate hacia tres ámbitos decisivos: de la ordenación a los ministerios instituidos y las responsabilidades de gobierno; del reconocimiento sacramental a formas efectivas de autoridad no ordenada; y de una lógica clerical a una comprensión más plenamente eclesial de la misión compartida.

En definitiva, el "no" al diaconado femenino como ministerio ordenado no desmiente la sinodalidad, sino que define sus contornos. Una sinodalidad sin límites claros tiende a desgastarse; una sinodalidad delimitada puede madurar. Lo que comienza a perfilarse, a medio y largo plazo, es una sinodalidad más sobria, más eclesiológica y más jurídica, capaz de integrar participación, discernimiento y decisión sin ruptura con la tradición.

10. ¿Por qué le define la frase "peregrino hacia Dios"?

La expresión "peregrino hacia Dios" aplicada a León XIV funciona como una categoría teológica, espiritual y de gobierno de notable

densidad, en la que se condensa de modo sintético su biografía, su estilo pastoral y su comprensión del ministerio petrino.

En la tradición cristiana –y de modo particular en la agustiniana– el creyente es *homo viato*r: un ser en camino, no instalado ni autosuficiente, siempre inacabado. Definir así a León XIV implica situarlo existencialmente como caminante y no como meta; como servidor transitorio y no como figura absolutizada; como alguien que no se identifica con el poder, sino con la obediencia y el envío. La categoría introduce, por tanto, una clave de descentramiento: el Papa no es el centro, sino quien orienta hacia el Centro.

La expresión posee además un alcance biográfico concreto, no meramente simbólico. La trayectoria de León XIV se configura como una sucesión de envíos: misionero, formador, profesor, provincial, prior general, obispo de Chiclayo, prefecto del Dicasterio para los Obispos y, finalmente, obispo de Roma. No se advierte en ella una lógica de arraigo estratégico, sino de disponibilidad obediencial. Este dinamismo configura una identidad espiritual precisa: caminar allí donde la Iglesia lo necesita, sin apropiarse del destino.

Desde el punto de vista eclesiológico, "peregrino hacia Dios" describe también un modo de gobierno. No se trata de imponer esquemas cerrados, sino de ejercer un discernimiento progresivo: escuchar, observar, corregir el rumbo cuando sea necesario y aceptar que no todo está plenamente definido desde el inicio. La Iglesia, en esta perspectiva, no es una realidad concluida, sino un pueblo en marcha; y el Papa, lejos de situarse por encima del camino, camina con ella.

La categoría encierra igualmente una dimensión cristológica. Jesús mismo aparece en los Evangelios como itinerante, no instalado. Aplicar esta lógica a León XIV subraya que su autoridad nace del seguimiento, que su legitimidad es de orden evangélico antes que político, y que su horizonte no es el éxito institucional, sino la fidelidad a Cristo. Se perfila así una figura de pontífice descentrada de sí misma y radicalmente orientada hacia Dios.

En este marco, "peregrino hacia Dios" no es un recurso retórico, sino una auténtica hermenéutica del pontificado. Expresa dinamismo, disponibilidad, inteligencia espiritual, esperanza activa y una

presencia creyente en medio del mundo. Presenta a León XIV como quien camina con la Iglesia, comparte sus tensiones y sus anhelos, y la orienta –no desde la autosuficiencia, sino desde la fe– hacia su destino último: la casa del Padre

III. Claves hermenéuticas para el análisis del pontificado de León XIV

Las preguntas bien plantadas por Luis Javier Moxó Soto, profesor y crítico literario, para *Religión en Libertad* (27 de febrero y 22 de mayo de 2026), lejos de limitarse a una lectura periodística o coyuntural del pontificado de León XIV, me ofrecen la oportunidad para abrir más el campo de análisis, identificar y desarrollar algunas de las claves hermenéuticas relevantes para comprender el perfil, el estilo de gobierno y la orientación eclesiológica del pontificado de León XIV. En este sentido, los interrogantes no se abordan aquí como mero interrogantes circunstanciales, sino como vectores interpretativos que posibilitan una aproximación más sistemática y crítica al conjunto de su magisterio incipiente. A partir de ellos, articulo una reflexión que busca integrar dimensiones biográficas, teológicas y pastorales, atendiendo tanto al contexto histórico como a los desafíos contemporáneos que configuran la misión de la Iglesia. Se trata, en definitiva, de pasar del nivel descriptivo al analítico, ofreciendo un marco de comprensión más amplio que permita situar adecuadamente la figura de León XIV en el horizonte de la tradición viva y en el dinamismo de la Iglesia del siglo XXI.

1. Usted ha convivido con Robert Prevost en los años decisivos de su formación agustiniana en Roma; si tuviera que señalar un momento concreto en el que intuyó que aquel joven podía llegar a ser Papa, ¿cuál sería y qué signo interior le hizo "clic" entonces sobre su manera de ejercer la autoridad como servicio?

Si tuviera que señalar un momento, más que un hecho espectacular, casi una escena cotidiana, recordaría las reuniones que mantenía-

mos con cierta frecuencia, algunas oficiales y otras oficiosas, cuando aún éramos jóvenes religiosos e intercambiábamos pareceres sobre los estudios, la vida agustiniana y las actividades apostólicas. Por lo general, Roberto Prevost no era el que hablaba primero, más bien de los últimos, después de haber escuchado largamente.

En sus intervenciones resumía lo que cada uno había intentado decir, incluso las posiciones extremas, y lograba que todos nos sintiéramos comprendidos antes de proponer una conclusión o tomar una decisión concreta. Ahí pondría el "clic". No era solo su inteligencia, ni su capacidad organizativa, sino una forma muy interiorizada, por así decir, de ejercer el liderazgo: no como quien ocupa el centro, sino como quien crea un espacio donde los demás pueden situarse.

Decía poco, pero cuando hablaba lo hacía después de haber escuchado bien. Esa combinación de prudencia, paciencia y firmeza –sin dureza–, era lo que más destacaba en el joven "Bob" en los años, 1981 a 1985, cuando fuimos compañeros de estudios y de comunidad en el Colegio Internacional Santa Mónica de Roma.

2. En el libro sostiene que León XIV encarna un "agustinismo a raudales" y una "paz desarmada y desarmante"; ¿en qué decisiones de estos primeros meses de pontificado ve usted más claramente esa mezcla tan poco frecuente de teólogo agustino, pastor misionero en Perú y heredero del impulso reformador de Francisco?

Las dos expresiones –"agustinismo a raudales" y "paz desarmada y desarmante"– ayudan a describir una síntesis de los primeros meses del pontificado de León XIV, cuya combinación puede desglosarse en cuatro aspectos.

Primero: Centralidad de la interioridad, la tensión entre la ciudad terrena y la ciudad de Dios –temporalidad y trascendencia–, el discernimiento (huella agustiniana). El rasgo más claramente agustiniano no ha sido doctrinal sino metodológico. León XIV ha insistido en que la reforma eclesial comienza por la conversión interior antes que por la ingeniería institucional. Sus primeras homilías y audiencias han recuperado categorías clásicas de san Agustín: interioridad, búsqueda

de la verdad, primacía del amor… Esto se ha traducido en la prioridad concedida a procesos de escucha sinodal reales, no meramente consultivos; la insistencia en el examen espiritual del ejercicio del poder dentro de la Iglesia; y el uso de un lenguaje teológico-pastoral que evita polarizaciones ideológicas y vuelve a la antropología cristiana básica.

Segundo: Estilo pastoral marcado por la experiencia misionera peruana. El "pastor misionero" aparece sobre todo en decisiones simbólicas y prácticas: elección de destinos periféricos para sus primeros viajes y encuentros; fortalecimiento de estructuras pastorales locales antes que grandes iniciativas curiales y/o cambios en los dicasterios romanos; protagonismo otorgado a los pobres, situados en el centro de la vida cristiana, como maestros del Evangelio y lugar de encuentro con Cristo en una Iglesia para y con los pobres (*Dilexi te*). No se trata solo de una opción preferencial por los pobres, sino de una eclesiología aprendida en terreno: la Iglesia como red de comunidades concretas más que como centro administrativo romano.

Tercero: Continuidad reformadora con el impulso de Francisco. La herencia de Francisco se advierte en la continuidad del proceso reformador, pero con un tono distinto: menos gestos disruptivos y más consolidación jurídica de reformas ya iniciadas; avance prudente en la simplificación de estructuras vaticanas; énfasis en la corresponsabilidad episcopal y en la descentralización pastoral. Si Francisco abrió procesos y "periferias" (sinodalidad, inclusión, etc.), León XIV parece orientado a estabilizarlos teológica, pastoral e institucionalmente en busca de una nueva "primavera en la Iglesia".

Cuarto: La "paz desarmada y desarmante". Esta expresión se ha hecho visible especialmente en su diplomacia inicial: mediaciones discretas en conflictos internacionales sin protagonismo mediático; rechazo explícito de lenguajes de confrontación cultural dentro de la Iglesia; propuestas de reconciliación que apelan a la conciencia moral antes que a sanciones. No es una paz estratégica, sino testimonial, nacida del corazón del Evangelio: busca desactivar el conflicto desde la conversión del interlocutor, algo profundamente agustiniano.

Lo novedoso de León XIV, desde mi modesto punto de vista, pasados los nueve meses de pontificado, radica en que no intenta equi-

librar las tres identidades distintas –teólogo, misionero y papa–, sino integrarlas. Como teólogo agustino aporta profundidad antropológica, como misionero peruano introduce realismo pastoral, y como heredero del papa Francisco asegura continuidad reformadora. Esa convergencia explica por qué su liderazgo resulta menos espectacular, pero potencialmente más significativo en cuando que vincula Evangelio y modernidad, Iglesia y política internacional. Estos aspectos, que se encuentran planteados en el libro, sugiere que la historia de la Iglesia no constituye un ámbito aislado, sino un laboratorio privilegiado para comprender la evolución de la modernidad y sus crisis. En este sentido, la biografía de León XIV, constructor de puentes de diálogo, encuentro y paz, despierta importantes interrogantes sobre el sentido del tiempo, la relación entre fe y cultura, y el papel de las instituciones religiosas en la historia global.

3. Como experto en historia y espiritualidad agustiniana, cuando se sienta a escribir la biografía del primer Papa agustino, ¿qué tentaciones historiográficas tuvo que vencer (hagiografía, militancia de orden, juicio apresurado del pontificado) para lograr la "exposición serena y equilibrada" que usted mismo reivindica?

Al afrontar la biografía del primer Papa agustino me encontré ante un terreno particularmente delicado desde el punto de vista historiográfico: escribir simultáneamente historia e identidad espiritual. Precisamente por ello, la "exposición serena y equilibrada" que reivindico en la vida de León XIV puede entenderse como el resultado de vencer varias tentaciones metodológicas muy concretas. La primera de ellas, la tentación hagiográfica. El primer riesgo era convertir la biografía en *vita edificante*. En la tradición eclesiástica –y especialmente en figuras vinculadas a órdenes religiosas– existe la tendencia a enfatizar virtudes, providencialismo y coherencia espiritual, minimizando tensiones humanas o contextuales. Esta "tentación" se evita dando estricta prioridad a la documentación archivística y bibliográfica frente al relato devocional y la contextualización histórica del protagonista en cada una de sus etapas vitales. Dicho de otro modo, la biografía no pretende canonizar ni corregir al personaje, sino comprenderlo:

presentar a un Papa agustino no como símbolo idealizado, sino como protagonista histórico universal en camino hacia Dios.

Como historiador perteneciente al ámbito agustiniano, el peligro más sutil, ciertamente, era escribir una biografía desde la lógica apologética de la Orden de San Agustín, donde el papa León XIV fuese la culminación providencial del carisma agustiniano. Para neutralizar ese sesgo, separé la identidad espiritual del análisis histórico-crítico, luego situé la tradición agustiniana en el mismo Roberto Prevost, y en tercer lugar evité leer el pontificado de León XIV como "victoria" institucional de la Orden de San Agustín.

Toda biografía actual del Papa agustino corre el riesgo de quedar atrapada en lecturas inmediatas, sin perspectiva histórica. El libro *Biografía de León XIV* está asentado en la metodología histórica, la reconstrucción de procesos históricos, culturales, eclesiales y sociales. En él se distingue con precisión los aspectos coyunturales de las orientaciones doctrinales. Ofrece, por lo demás, numerosa y contrastada información documental. En términos historiográficos, podría decirse que la biografía de León XIV además de historia agustiniana es historia universal, a sabiendas de que el individuo no explica la historia, sino que la encarna.

Para la redacción de la biografía del Papa estadounidense y peruano, abordé, como desafío adicional, la integración de dos lenguajes distintos: el teológico-espiritual (vocación, interioridad, carisma agustiniano), y el histórico-crítico (fuentes, contexto, cultura, sociología, etc.). El resultado final, a mi modo de ver, no ha sido otro que mostrar cómo la espiritualidad agustiniana funciona en el libro como *clave interpretativa*, pero nunca como explicación única de la acción histórica en la figura de León XIV. Es decir, la espiritualidad agustiniana como lenguaje hermenéutico permite comprender cómo el Papa Prevost interpreta su propia misión, cómo articula sus decisiones y cómo da sentido a la realidad. La interioridad, entendida al modo agustiniano como espacio de discernimiento, aparece así como motor subjetivo de la acción. No obstante, en el libro he mostrado que dicha interioridad nunca actúa en el vacío. Está condicionada por estructuras políticas, tensiones institucionales y transformaciones culturales que exceden el ámbito religioso. Este equilibrio resulta fundamental. León XIV

no es presentado como un actor guiado exclusivamente por impulsos espirituales, sino como una figura situada en una red compleja de factores históricos, en la cual la espiritualidad agustiniana explica la forma en que el Papa comprende la realidad, sin que ella determina por sí sola el pontificado. Las decisiones atribuidas a su conciencia se encuentran constantemente mediadas por circunstancias concretas: el servicio de liderazgo como sucesor de san Pedro, las relaciones de poder, las expectativas sociales, las crisis eclesiales y las dinámicas internacionales. Precisamente en esa tensión entre interioridad espiritual y complejidad histórica reside la originalidad interpretativa de la obra.

4. Usted afirma que León XIV emerge como "faro de esperanza" en un mundo fragmentado; si tuviera que resumir su "hoja de ruta" en tres tensiones evangélicas –jerarquía/sinodalidad, tradición/renovación, autoridad/comunión–, ¿qué le parece verdaderamente novedoso en su manera de resolver esas tensiones respecto a los papados recientes?

La afirmación de León XIV como "faro de esperanza" bien puede leerse en clave teológica, como la percepción de un intento de reconfiguración del equilibrio eclesiológico, nunca del modo de ruptura doctrinal. Lo interesante no sería tanto *qué* tensiones aborda en este "mundo fragmentado", presentes en los pontificados recientes, sino cómo las articula simultáneamente. Una lectura comparativa de las tres tensiones planteadas en la pregunta puede ser, grosso modo, la siguiente:

Jerarquía/sinodalidad. El papa Francisco impulsó la sinodalidad como método pastoral de escucha, descentralización relativa y procesos abiertos. Sin embargo, el modelo seguía dependiendo de una fuerte iniciativa papal; la sinodalidad era promovida *desde arriba*. Lo novedoso atribuido a León XIV lo encuentro en pasar de una sinodalidad consultiva a una sinodalidad estructuralmente integrada en el ejercicio del primado. En otros términos. El actual Vicario de Cristo no reduce la autoridad jerárquica, sino que redefine su función como principio de coordinación y garantía de comunión, no como instancia

decisoria ordinaria. Se aprecia un desplazamiento sutil: la jerarquía ya no legitima la sinodalidad; la sinodalidad se convierte en el modo normal de ejercer la jerarquía. De esta manera León XIV intenta resolver una tensión histórica de la Iglesia católica: evitar tanto el centralismo romano como el riesgo de fragmentación eclesial.

Tradición/Renovación. De modo breve: Juan Pablo II privilegió una renovación misionera apoyada en certezas doctrinales fuertes; Benedicto XVI habló de "hermenéutica de la continuidad", abriéndose a la renovación solo inteligible dentro de la tradición; Francisco enfatizó la praxis pastoral incluso cuando generaba tensiones interpretativas. Y León XIV aporta la novedad metodológica, puesto que hasta la fecha no plantea tradición y renovación como polos que deban equilibrarse, sino como dinámica temporal única. Es decir: la tradición no es principalmente conservación del pasado, sino memoria normativa que habilita desarrollos discernidos comunitariamente. Esto desplaza el debate desde *qué cambia* hacia *quién discierne el cambio.* El foco pasa del contenido al proceso eclesial.

Autoridad-Comunión. Los últimos pontificados oscilaron entre dos riesgos: autoridad fuerte que garantiza unidad doctrinal, o comunión pastoral que puede generar pluralidad difícil de integrar. Mi lectura de la vida del actual pontífice pasa porque León XIV concibe la autoridad no como límite de la comunión sino como forma sacramental de la comunión. En consecuencia, la autoridad no interviene solo en momentos de crisis, actúa permanentemente como servicio de integración de carismas, Iglesias locales y sensibilidades teológicas. Expresado en lenguaje eclesiológico: el primado se entiende más como *ministerium unitatis* que como instancia jurisdiccional.

¿Qué sería realmente nuevo en el papa León XIV? No una doctrina distinta, sino un cambio de gramática eclesial. De equilibrio entre polos a integración funcional de los polos; de decisiones papales sobre procesos a procesos que configuran el ejercicio papal; de reforma pastoral o doctrinal a reforma del modo de gobernar y discernir. Si mi lectura es correcta, la novedad de León XIV no sería comparable a un giro ideológico entre papas, sino a algo más profundo: un intento de pasar del modelo "papado que dirige la Iglesia" al de "papado que emerge del caminar eclesial sin perder su primacía".

5. En el subtítulo habla de un Papa "peregrino hacia Dios" y subraya que ni siquiera el sucesor de Pedro deja de ser caminante; ¿qué episodios de la vida de Prevost –en Chicago, en Chiclayo o en la Curia– le revelan mejor esa conciencia de fragilidad, de búsqueda, y cómo condiciona eso su manera de hablar de paz, de economía vaticana o de abusos de poder en la Iglesia?

El papa León XIV, entendido como "*peregrino hacia Dios*", introduce una clave teológica: el ministerio petrino no elimina la condición existencial del creyente, sino que la radicaliza. En la trayectoria de Robert Francis Prevost pueden identificarse varios momentos biográficos que iluminan precisamente esa autoconciencia de peregrino y búsqueda, y que ayudan a comprender su lenguaje pastoral posterior.

Chicago: la conciencia de límite nacida en la periferia social y cultural. La experiencia inicial en Chicago – Dolton, para ser exactos, suburbio al sur de Chicago– de Roberto no resulta irrelevante. Formado en un contexto marcado por desigualdades sociales, pluralismo religioso y tensiones raciales, Prevost entra en contacto temprano con una Iglesia que no posee hegemonía cultural, pero sí una rica vida de fe. Esto genera dos rasgos duraderos. Eclesiología no triunfalista: la Iglesia aparece como minoría dialogante más que como poder estructural; y lenguaje prudencial sobre la autoridad: el ministerio se entiende como servicio situado, no como garantía automática de verdad práctica. Aquí se fragua, de modo incipiente, una sensibilidad que luego se traducirá en su insistencia en la paz como proceso social gradual y no como simple declaración contractual de partes.

Chiclayo: el aprendizaje de fragilidad pastoral. El período misionero y episcopal en Chiclayo constituye la madurez espiritual y pastoral de Roberto Prevost. En el norte peruano, marcado por pobreza estructural, migraciones internas y crisis institucionales, el obispo Prevost no actúa desde la fortaleza institucional sino desde la cercanía cotidiana. Tres aprendizajes emergen: La autoridad nace de la escucha, no del cargo; La paz se vincula a la justicia social concreta, especialmente a la economía familiar, la educación y la reconciliación

comunitaria; y la fragilidad eclesial es visible: escasez de clero, conflictos internos y desconfianza social obligan a gobernar sin apoyarse en estructuras sólidas. Por eso, cuando León XIV habla de economía eclesial o de administración, su enfoque tiende a ser pastoral antes que técnico: la gestión económica se juzga por su impacto en los pobres, no por eficiencia abstracta.

La Curia: la conversión institucional permanente. El paso a la Curia Romana, especialmente desde su responsabilidad en el discernimiento episcopal como prefecto del Dicasterio para los Obispo, introduce otra dimensión del "peregrinaje": la conciencia de que incluso las estructuras centrales necesitan reforma continua. Aquí se percibe cómo la experiencia previa condiciona su discurso en tres ámbitos: a) Paz eclesial. No la entiende como uniformidad doctrinal o disciplinar, sino como equilibrio entre comunión y diversidad cultural. La paz es fruto de procesos de discernimiento, no de imposición vertical. b) Economía vaticana: Su lenguaje suele evitar términos tecnocráticos. La economía aparece como cuestión moral vinculada a transparencia y credibilidad evangélica, coherente con la espiritualidad agustiniana de desapropiación interior. c) Abusos de poder: Su insistencia no se limita al delito individual; apunta a dinámicas estructurales de clericalismo. La conciencia de fragilidad personal –aprendida en contextos pastorales vulnerables– lo lleva a subrayar mecanismos de rendición de cuentas más que defensas corporativas.

El "peregrino" como categoría teológica y práctica. En conjunto, la biografía muestra que el Papa peregrino no es una metáfora devocional sino una hermenéutica del gobierno eclesial: el pastor permanece aprendiz; la autoridad se ejerce como servicio; el mismo Papa, la Iglesia como Pueblo de Dios, y la Ciudad del Vaticano, no dejan de estar siempre en camino. Por eso el modo de hablar de León XIV sobre la paz, la economía o los abusos evita el tono definitivo. Privilegia encuentros, conversión institucional y discernimiento comunitario. La aparente fragilidad no debilita su autoridad, sino que la redefine como responsabilidad compartida.

6. La biografía incluye detalles aparentemente menores –el escudo, el lema, incluso la filatelia– que usted presenta como claves de lectura del pontificado; ¿qué leyó en esos signos externos de León XIV que quizá pasó desapercibido para la opinión pública, pero que a su juicio anticipa el perfil espiritual y geopolítico de este Papa agustino?

La lectura que propongo en el libro sobre León XIV parte de un supuesto metodológico muy agustiniano: los signos aparentemente secundarios no son ornamentales, sino reveladores de una notabilísima *interioridad personal e institucional.* El escudo, el lema y la filatelia funcionan como textos simbólicos condensados, capaces de anticipar prioridades espirituales y orientaciones eclesiales, pastorales y diplomáticas antes de que estas se expresen en documentos magisteriales.

El escudo: una eclesiología de la interioridad activa. El escudo no es heráldica decorativa sino todo un programa teológico. La centralidad de símbolos vinculados a San Agustín –especialmente el corazón y el libro– sugiere una recuperación explícita de la tensión agustiniana entre *interioritas* y misión pública. Lo que puede pasar desapercibido para muchos, sin embargo, define el equilibrio entre espiritualidad y gobierno sapiencial. Esto anticipa, a mi modo de ver, un pontificado menos jurídico-administrativo y más interpretativo, donde el Papa actúa como mediador intelectual, ético y pastoral en un mundo fragmentado. El símbolo indica una autoridad basada en la persuasión doctrinal más que en la imposición disciplinaria.

El lema: unidad como categoría geopolítica. El lema –*In Illo uno unum*– no debe leerse solo espiritualmente. La tradición agustiniana, especialmente dentro de la Orden de San Agustín, entiende la unidad como integración de las diferencias, dones, carismas individuales; no como uniformidad. Aquí emerge una clave geopolítica: León XIV parece concebir la Iglesia como espacio de mediación entre polos culturales y políticos. El lema del papa Prevost anticipa una diplomacia pontificia orientada a recomponer fracturas intraeclesiales, dialogar con modernidades plurales, y situar al papado como árbitro ético-moral más que como actor de bloque. En otras palabras, la unidad espiritual funciona en León XIV como analogía de multipolaridad internacional.

La filatelia: memoria, periferia y pedagogía simbólica. El análisis filatélico, que muchos lectores podrían considerar tan solo anecdótico, resulta particularmente revelador, como puede leerse en las páginas que dedico en el libro. Las primeras emisiones asociadas al pontificado privilegian su figura y proyectan una memoria eclesial globalizada, a modo de catequesis silenciosa. La filatelia, distribuida desde el Vaticano hacia el mundo, se convierte así en una micro-diplomacia cultural: pequeños soportes materiales que proyectan el pontificado del papa León XIV y la unidad de la Iglesia.

¿Qué anticipan estos signos? Según mi lectura, los elementos externos revelan un perfil pontificio preciso. Espiritualmente, un Papa de interioridad agustiniana, centrado en la unidad eclesial y la vida comunitaria como reflejo del amor de Cristo. Eclesiológicamente, la prioridad de la comunión sobre la estructura. Geopolíticamente, la mediación, el diálogo cultural y el desplazamiento del eje simbólico hacia las periferias. Comunicativamente, la preferencia por signos discretos y pedagógicos antes que gestos espectaculares. Así pues, el papa León XIV no inaugura su pontificado con grandes declaraciones, sino con un lenguaje simbólico coherente, preciso y funcional. Lo que muchos perciben, quizá, como detalles menores constituye una arquitectura anticipatoria bien trabada, una teología y una política expresadas antes en imágenes que en documentos magisteriales.

7. Ha levantado auténticas "catedrales de papel" como el *Episcopologio agustiniano* y el *Tesauro agustiniano*; después de cartografiar miles de vidas, ¿qué le ha sorprendido más al enfrentarse a la biografía de un papa vivo, a medio pontificado: la dificultad de escribir sin conocer todavía el desenlace o, por el contrario, la posibilidad de que su libro se convierta en una especie de "cuaderno de bitácora" que siga creciendo con el tiempo?

La pregunta plantea una tensión clásica dentro de la historiografía y de la biografía intelectual: la diferencia entre narrar una vida cerrada y escribir una vida en curso. En mi caso, acostumbrado a trabajar mayormente con trayectorias ya concluidas, sedimentadas por el tiempo y por la recepción histórica, el paso a la biografía de un

pontífice vivo, el papa León XIV, introduce un cambio metodológico profundo que afecta tanto al estatuto del conocimiento como a la propia escritura.

Por un lado, como ya he apuntado, la dificultad principal radica en la ausencia de perspectiva histórica. La biografía tradicional se construye retrospectivamente: el final ilumina el principio, y los acontecimientos adquieren coherencia narrativa gracias al desenlace. Cuando ese desenlace aún no existe, el biógrafo se mueve en un terreno provisional. Las decisiones del pontificado prevostino todavía no pueden evaluarse con la distancia crítica que permite distinguir con plena nitidez entre lo coyuntural y lo estructural. Esto obliga al autor a renunciar, al menos parcialmente, a la interpretación definitiva y a adoptar una escritura más prudente, casi abierta, consciente de su carácter revisable. Desde un punto de vista académico, supone trabajar sin uno de los instrumentos fundamentales de la historiografía: la clausura temporal.

Sin embargo, precisamente ahí emerge la segunda posibilidad, quizá más estimulante: la biografía como "cuaderno de bitácora". Frente al modelo clásico de obra conclusiva, la biografía sobre un papa en ejercicio puede convertirse en un dispositivo dinámico, capaz de acompañar el desarrollo del pontificado. La obra deja de ser únicamente reconstrucción para convertirse también en observación histórica en tiempo real. Este enfoque aproxima la biografía al desarrollo intelectual –teológico, eclesiológico, pastoral, etc.– y al análisis contextual continuo, donde cada edición futura no corrige simplemente la anterior, sino que la amplía, mostrando cómo evoluciona la interpretación junto con los acontecimientos.

Desde esta perspectiva, la sorpresa mayor para mí en calidad de autor de la *Biografía de León XIV: El Papa agustino, peregrino hacia Dios,* podría no ser la dificultad, sino la transformación del propio género biográfico. Después de haber levantado "catedrales de papel", basadas en el estudio, elaboración y ordenación de vidas ya concluidas, enfrentarse a una figura viva implica aceptar la incertidumbre como parte constitutiva del método. La biografía deja de aspirar a la totalidad y asume una condición procesual. En última instancia, el desafío no consiste solo en escribir sin conocer el final, sino en aprender a

escribir históricamente dentro del presente. La biografía no sería una obra incompleta, sino deliberadamente abierta, un testimonio vivo del pontificado de León XIV, que invita a nuevas interpretaciones, añadidos y perspectivas a medida que el tiempo avanza.

8. En homilías como la Epifanía 2026 y Año Nuevo, León XIV habla de "peregrinos de esperanza" y "paz desarmada"; ¿qué evolución ve usted en estos 365 días desde su elección, y cómo anticipa su impacto en la sinodalidad hasta 2033?

En los primeros meses tras su elección, León XIV parecía situarse dentro de una continuidad reconocible: insistencia en la centralidad de Cristo, en la Iglesia como "pueblo en camino", y en la necesidad de superar polarizaciones internas. Sin embargo, en las homilías de Año Nuevo y Epifanía 2026 se perciben al menos tres desplazamientos significativos: 1º) De conceptos descriptivos a imágenes existenciales: antes eran las categorías eclesiológicas más clásicas (comunión, misión, reforma); ahora metáforas dinámicas, como "*peregrinos de esperanza*". Esto no es retórica solamente. Introduce una antropología implícita: el creyente no es un "miembro estable" sino una persona en tránsito, y la fe se entiende más como proceso que como estado. 2º) De la paz como objetivo político a la "paz desarmada". La expresión "*paz desarmada*" es teológicamente densa: no es solo ausencia de guerra (pax negativa), tampoco simplemente justicia estructural (pax social), sino una paz que implica renuncia activa a la lógica del poder. Aquí hay una radicalización respecto a discursos previos cuando se desplaza el foco de "regular la violencia" a "deslegitimar sus fundamentos". 3º) Emergencia de un eje nuevo: vulnerabilidad como categoría teológica (*Dilexi te*). Ambas expresiones convergen en un punto: el cristiano como no autosuficiente, y la Iglesia como no dominante. Esto marca una evolución clara: del reformismo eclesial hacia una eclesiología de la desposesión. Se basa en que Cristo se despojó de su rango divino para hacerse hombre (Fil 2,5-11), lo que implica que la Iglesia debe realizar un movimiento similar de "vaciado" de sí misma para ser fiel a su misión.

Después de 365 días de pontificado, en mi opinión, León XIV desplaza el sujeto de la Iglesia: de la institución hacia el camino compartido; de la jerarquía como centro hacia la experiencia de fe del pueblo de Dios. No elimina la estructura, pero la relativiza simbólicamente. La "paz desarmada" no es solo geopolítica, es también intraeclesial. Cuestiona la forma de autoridad basada en el control y promueve una autoridad que escucha antes que decide. El uso del término "peregrinación" introduce una narrativa abierta, no hay "meta inmediata", se asume una Iglesia en proceso hasta un horizonte simbólico, 2033. Esto sugiere que León XIV no está buscando resultados rápidos, sino cambios de cultura eclesial.

Sobre el impacto anticipado en la sinodalidad, aquí es donde las categorías apuntadas dejan de ser retórica y se vuelven estructurales. De la sinodalidad como método a la sinodalidad como identidad. Hasta ahora la sinodalidad se ha entendido muchas veces como consultas, asambleas, procesos participativos. Con León XIV la sinodalidad evoluciona hacia una forma de ser Iglesia, no solo un procedimiento.

Peregrinos de esperanza" implica caminar juntos no como técnica, sino como condición ontológica y naturaleza misma de la Iglesia; y la "paz desarmada" aplicada a la Iglesia significa renuncia a mecanismos de imposición cultural o doctrinal rígida y apertura a la escucha real, incluso en conflicto. Sin este "desarme", la sinodalidad queda en simulacro. Por tanto, su impacto podría ser menor centralización efectiva (aunque no necesariamente jurídica), mayor legitimidad de procesos locales, tensiones más visibles, pero también más asumidas.

Una evolución como he descrito no es lineal ni exenta de conflictos. Apunto tres: a) Ambigüedad percibida: El lenguaje simbólico puede ser interpretado como falta de definición doctrinal; b) Fatiga sinodal: Si todo es proceso, puede surgir sensación de ausencia de decisiones claras; y c) Resistencia estructural: Las instituciones tienden a reabsorber discursos transformadores sin cambiar prácticas.

El Escenario probable hacia 2033, si la línea actual se mantiene, sería el de una Iglesia menos centrada en uniformidad y más en comunión plural; autoridades con función más facilitadora que di-

rectiva; sinodalidad consolidada no tanto en normas, sino en hábitos eclesiales; y una teología más marcada por la historia, el camino y la esperanza que por sistemas cerrados. Dicho lo cual, me parece que León XIV está desplazando la sinodalidad de proyecto organizativo a espiritualidad histórica de la Iglesia, articulada en tres ejes fundamentales: caminar unidos hacia el Reino; desarmarse, esto es, despojarse de poder y estructuras de dominio para acoger con humildad la voluntad del Padre; y esperar, actitud de la Iglesia que se sabe peregrina y no dueña del tiempo, confiando en la acción divina sobre la propia impaciencia o planificación humana.

9. Propuso extender la sinodalidad al ecumenismo hasta el bimilenario de la Pasión (2033); tras vísperas de Unidad Cristianos (25 enero 2026), ¿cree que León XIV logrará "una sola voz" contra polarizaciones, integrando tradición y novedad sin contraposiciones ideológicas?

La propuesta de "una sola voz" en el horizonte de 2033 –vinculada al bimilenario de la Pasión de Cristo– exige distinguir con precisión tres planos: teológico (¿qué unidad es posible?), eclesiológico (¿cómo se articula?) y geopolítico-cultural (¿qué resistencias la condicionan?). A partir de las vísperas de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, el gesto de León XIV de "extender la sinodalidad al ecumenismo" no es meramente metodológico, implica redefinir el lugar donde acontece la unidad.

¿Qué significa realmente "una sola voz"? En la tradición cristiana la unidad nunca ha sido ni uniformidad doctrinal absoluta, ni simple consenso de las partes. Más bien, ha sido entendida como concordia en lo esencial, reconciliación en lo diverso y caridad en todo. Por tanto, si León XIV habla de "una sola voz", es poco plausible que apunte a un bloque homogéneo de posiciones, o una fusión institucional acelerada. Lo verosímil, desde mi punto de vista, es que la expresión "una sola voz" reclama testimonio convergente, múltiples Iglesias, diversas tradiciones, pero capaces de pronunciar juntas ciertos núcleos cristológicos y éticos ante el mundo el año 2033. En ese sentido, la unidad sería polifónica pero no cacofónica.

El ecumenismo tradicionalmente ha operado, por decirlo de modo resumido para que se entienda, en dos registros: diálogo teológico bilateral (comisiones, documentos, etc.), y gestos simbólicos (oración común, declaraciones conjuntas, etc.). León XIV introduce un tercer nivel, la sinodalidad intereclesial. No solo dialogar, sino caminar juntos en procesos reales de discernimiento, compartir escucha, conflicto y decisión (aunque no haya plena comunión). Este planteamiento desplaza el ecumenismo de lo diplomático a lo existencial, de acuerdos puntuales a prácticas compartidas. Esto indica que la unidad se construye en el proceso. La unidad no es un punto de llegada, sino algo que emerge mientras se camina sinodalmente. El planteamiento encaja con su lenguaje de "peregrinos de esperanza": las Iglesias no esperan estar unidas para caminar, caminan para llegar a una forma de unidad todavía no plenamente definida.

¿Es viable integrar tradición y novedad sin polarización? Aquí conviene ser directo: es posible, pero no en el sentido armónico que suele imaginarse. El verdadero problema no es "tradición vs novedad". Esa dicotomía es, en gran medida, ideológica. El conflicto real es otro: ¿qué cuenta como tradición viva? ¿Quién tiene autoridad para discernir su desarrollo? León XIV opera con una premisa implícita: la tradición no es un depósito estático o fosilizado, sino un proceso interpretativo en la historia. Esto permite integrar novedad sin ruptura…, pero introduce inevitablemente zonas de fricción.

La "paz desarmada" aplicada al ecumenismo y a la sinodalidad como clave hermenéutica implica renunciar a imponer la propia lectura como definitiva, aceptar vulnerabilidad doctrinal (en el sentido de apertura, no de relativismo), y sostener tensiones sin resolverlas prematuramente. Esto reduce la polarización violenta, pero no elimina el conflicto.

Para evaluar si logrará esa "una sola voz", hay que considerar además algunos límites concretos: a) Asimetrías eclesiológicas: Iglesias con estructuras jerárquicas fuertes vs. modelos más sinodales y diferentes concepciones de autoridad, primado, sacramentalidad. Estas diferencias no se resuelven solo con buena voluntad; b) Polarización intraeclesial: Antes de la unidad entre Iglesias, está la división dentro

de cada Iglesia: tensiones doctrinales, conflictos culturales, disputas sobre moral, liturgia, autoridad. Sin una cierta pacificación interna, el ecumenismo se vuelve frágil; y c) Contexto geopolítico: Las Iglesias no existen en el vacío, interactúan constantemente con el contexto social, político y cultural, influyendo en él y siendo moldeadas por este. Todo esto empuja hacia discursos identitarios, no hacia voces comunes.

El escenario más plausible de aquí hasta 2033 que cabe esperar no es una unidad total, sino núcleos de convergencia visibles como la defensa común de la dignidad humana, posicionamientos compartidos ante episodios de violencia, pobreza, migraciones, y lenguaje cristológico convergente en lo esencial. Se esperan prácticas sinodales compartidas: espacios estables de discernimiento intereclesial, procesos de consulta conjunta, y mayor interdependencia pastoral. Esto sería un cambio profundo, aunque menos visible que una "declaración histórica". Disenso reconocido pero no rupturista, discursos doctrinales reales, pero sin traducirse automáticamente en condena o ruptura. Esto sería un logro significativo.

¿Conseguirá, entonces, León XIV "una sola voz" contra las polarizaciones? Sí, en sentido cualificado; no, en sentido absoluto. Sí, si entendemos "una sola voz" como *testimonio convergente en lo esencial*, fruto de procesos compartidos. No, si se espera uniformidad doctrinal o desaparición de tensiones. La clave de un proyecto de semejante envergadura no pasa por eliminar el conflicto, sino por transformar su gramática: de confrontación ideológica a discernimiento compartido, de imposición a escucha, y de identidad cerrada a identidad en camino.

León XIV, a mi juicio, no parece buscar una síntesis rápida entre tradición y novedad, sino algo más exigente: crear las condiciones espirituales, eclesiales y culturales para que esa síntesis pueda emerger históricamente sin violencia. Si esto se consolida de aquí a 2033, el resultado no será una Iglesia "sin diferencias", sino una comunión capaz de hablar unida sin dejar de ser diversa. Esa, probablemente, es la única forma realista –y teológicamente consistente– de "una sola voz".

10. En la catequesis a educadores (Jubileo Educativo, octubre 2025), cita a Agustín sobre "Maestro interior"; ¿cómo resume el énfasis de León XIV en interioridad, unidad, amor y alegría como "puntos cardinales" para reformar la Iglesia en su primer año?

La referencia de León XIV al "Maestro interior" de Agustín de Hipona en el Jubileo Educativo no es un recurso pedagógico aislado, sino una clave de bóveda para leer su primer año de pontificado. A partir de ahí se articulan cuatro ejes –interioridad, unidad, amor y alegría– que funcionan como puntos cardinales de una reforma antropológico-espiritual con consecuencias institucionales.

Cuando evoca el "Maestro interior" retoma una tesis agustiniana de primer orden: la verdad no se impone desde fuera, se reconoce desde dentro. De este modo desplaza el *locus* de autoridad, de la exterioridad normativa a la interioridad iluminada y de la transmisión como imposición a la educación como despertar. Este proceder no elimina la mediación eclesial, pero la redefine. La Iglesia no "sustituye" la conciencia, la forma y acompaña para que escuche a Dios en su interior. La reforma, entonces, no comienza con cambios jurídicos y reorganización de estructuras, sino con algo más exigente: la formación de personas capaces de discernimiento interior. Sin este giro, cualquier reforma externa se vuelve cosmética. Este énfasis introduce una tensión inevitable: más interioridad, menos control directo; más conciencia, más pluralidad. León XIV parece aceptar ese riesgo como condición de autenticidad.

La interioridad no desemboca en individualismo, sino en unidad. Pero no en su versión clásica de homogeneidad. Para León XIV la unidad no se decreta, emerge cuando personas interiormente transformadas entran en relación. Esto invierte el esquema habitual: antes, lo primero era unidad doctrinal, luego la comunión; ahora, la comunión vivida que busca y madura la unidad. Aquí se conecta con su proyecto mayor, la sinodalidad. No es técnica organizativa, es la forma visible de una unidad que se construye caminando. Así la unidad deja de ser un instrumento de control de divergencias, y pasa a ser un espacio donde las diferencias son integradas sin anularse. Esto redefine profundamente la práctica eclesial.

El tercer punto cardinal es el amor, pero en un sentido estructural, no sentimental. En la lógica de León XIV no basta con la corrección doctrinal, la autenticidad del amor se verifica en la caridad efectiva. Esto retoma la intuición agustiniana: comprender es amar; y amar es participar en la verdad. Si el amor es central, la autoridad deja de ser dominio para convertirse en servicio que hace crecer al otro. Esto impacta directamente a los ministerios, el liderazgo, y la toma de decisiones. El amor como principio de reforma institucional implica revisar estructuras que no generan vida ni comunión. No todo lo que es válido jurídicamente es legítimo evangélicamente.

La alegría aparece como el indicador más sutil, y quizá más exigente. Para León XIV una Iglesia auténtica no puede ser estructuralmente triste, la alegría es efecto de la verdad vivida, no maquillaje emocional. La alegría cumple en la eclesiológica una función crítica: desenmascara prácticas rígidas o estériles, y revela si la fe se vive como carga o como don. La alegría es signo de verdad, forma de inteligencia espiritual. La alegría es fuerza estructurante, categoría seria, casi teológica. En un contexto secular, la alegría es más persuasiva que cualquier discurso; actúa como lenguaje universal del Evangelio. La alegría hace visible lo invisible sin agotarlo.

Lo decisivo de los cuatro ejes es que no son independientes; forman un sistema coherente: La interioridad genera personas libres y responsables; la unidad articula esas libertades en comunión; el amor orienta la comunión hacia el bien del otro; y la alegría verifica existencialmente que todo lo anterior es real. Da forma al tiempo vivido. O dicho de modo simplificado y esquemático: interioridad sin unidad = individualismo; unidad sin amor = autoritarismo; amor sin interioridad = asistencialismo vacío; todo sin alegría = pérdida de credibilidad.

El programa de León XIV me parece intelectualmente sólido y teológicamente agustiniano, pero su dificultad es operativa. Posee tres fortalezas: evita reformas superficiales, ataca la raíz –la persona creyente–; integra tradición (Agustín) y renovación sin ruptura explícita; y tres fragilidades: depende de procesos lentos (formación de conciencia, cultura eclesial), difícil de traducirse en decisiones inmediatas, y puede ser percibido como abstracto frente a problemas urgentes. En

último término, el papa Prevost busca transformar la Iglesia desde dentro…, pero la Iglesia está habituada a reformarse desde fuera (normas, estructuras, etc.).

Después de su primer año, León XIV no ha presentado un "plan de reforma" en sentido técnico. Ha hecho algo más ambicioso, ha redefinido las condiciones de posibilidad de cualquier reforma auténtica. Interioridad, unidad, amor y alegría no son temas espirituales accesorios, sino los vectores sin los cuales toda reforma eclesial degenera en burocracia (sin interioridad), en uniformidad (sin unidad real), en legalismo (sin amor), y en esterilidad (sin alegría). Si estos cuatro puntos cardinales se consolidan –aunque sea parcialmente–, la reforma de la Iglesia no será espectacular, pero sí irreversible en profundidad.

11. Sus audiencias sobre Dei Verbum (enero 2026) insisten en Escritura-Tradición vivas custodiadas por la Iglesia; ¿qué "depósito de fe" dinámico destaca León XIV para el mundo fragmentado, y cómo lo vincula a su agustinismo en estos 365 días?

La pregunta toca el nervio de la teología de León XIV en su primer año: cómo sostener la identidad (*depositum fidei*) sin convertirla en fósil, y cómo hacerlo en un mundo culturalmente fragmentado. Sus audiencias de enero de 2026 sobre la *Dei Verbum* no son una repetición conciliar, sino una relectura con acento agustiniano. El depósito de fe es estable en su origen, pero vivo en su transmisión y recepción.

Estructuro la respuesta en tres apartados: (1) ¿qué entiende por "depósito dinámico"? (2) ¿cómo responde a la fragmentación contemporánea?, y (3) ¿cómo lo ancla en su agustinismo?

1. El "depósito de fe" como realidad viva es más que contenido, un acontecimiento. León XIV evita dos reducciones frecuentes: fijismo, el depósito de fe como conjunto cerrado de proposiciones inmutables; y fluidez relativista, la fe como algo que cambia según contextos. Su propuesta implícita puede formularse así: el depósito es idéntico en sustancia, dinámico en su inteligibilidad histórica. Esto significa que no cambia "lo que" se cree en su núcleo, pero sí cómo se comprende, se articula y se vive.

En línea con *Dei Verbum* pero con un énfasis propio, León XIV presenta Escritura-Tradición-Iglesia como un triángulo en movimiento: Escritura, no como texto muerto, sino como Palabra que acontece; Tradición, no como archivo, sino como memoria viviente en desarrollo; e Iglesia, no como mera custodia pasiva, sino como sujeto histórico que discierne. Lo decisivo es que estos tres elementos no funcionan como piezas separadas, sino como un proceso circular: la Escritura es leída en la Tradición, la Tradición se verifica en la Escritura, y la Iglesia discierne ambas en el presente. Aquí emerge un matiz fuerte de León XIV: el depósito de fe no es solo doctrina transmitida, sino vida comunicada. Esto desplaza el eje de lo conceptual a lo existencial, y de la definición a la participación.

2. Unidad sin simplificación es la respuesta a un mundo fragmentado. El contexto que León XIV tiene en mente es claro: pluralismo cultural radical, crisis de autoridad, hiperindividualismo y desconfianza hacia narrativas totalizantes.

Ante el problema de la fragmentación de sentido, dispersión de significados, e imposibilidad de articular una visión unitaria de la realidad, León XIV propone un modelo de fe que integra diversidad de experiencias, sin perder un centro común. El depósito de fe no es una suma de temas, sino una unidad centrada en Cristo, aunque no siempre lo explicite sistemáticamente en cada audiencia. No todo tiene el mismo peso –jerarquía de verdades–, permite diferenciar sensibilidades distintas y evita absolutizar cuestiones secundarias. A su vez, es un depósito dinámico que puede encarnarse en lenguajes diversos, sin diluir su contenido esencial. Internamente, esto tiene consecuencias: frente al sector "defensivo", el depósito de fe no es una muralla y frente al sector "adaptativo", no es materia moldeable sin límites. León XIV intenta, a su vez, una tercera vía que puede sintetizarse como fidelidad creativa, no repetición ni ruptura.

3. El vínculo con su agustinismo: interioridad, verdad y amor. Aquí su pensamiento se vuelve más profundo. Al apoyarse en Agustín de Hipona, León XIV introduce una tesis fuerte –el "Maestro interior" como clave hermenéutica–: la verdad del depósito no se impone externamente, se reconoce interiormente. Esto no subjetiviza la fe, sino que la sitúa en el encuentro entre gracia y conciencia, convier-

te la recepción del depósito de fe en acto personal y espiritual. Para Agustín la verdad habita en el interior, pero no de forma aislada, sino en comunión. León XIV traduce esto eclesialmente: la tradición es la memoria interior del Cuerpo de Cristo en la historia, la Iglesia. No es solo transmisión externa, es interiorización comunitaria.

Otro rasgo agustiniano clave: no se conoce verdaderamente lo que no se ama. El amor como forma del conocimiento. Aplicado al depósito significa que la fe no se comprende plenamente sin caridad, la doctrina separada del amor se vuelve incomprensible o ideológica. Esto tiene consecuencias directas: la interpretación del depósito exige conversión, no solo estudio. El fruto del amor y la verdad interior es la unidad. Aquí converge todo, interioridad (verdad reconocida), amor (forma de esa verdad), y unidad (resultado eclesial). La unidad no viene de imponer el depósito de fe, sino de compartir una misma vida interior transformada por Cristo.

León XIV quiere un depósito de fe firme, pero no rígido, vivo pero no mutable, interior pero no subjetivo, eclesial pero no impositivo. Esa síntesis no se resuelve con definiciones, sino con maduración histórica. Su agustinismo no es decorativo, es la arquitectura profunda que sostiene esta visión. En un mundo fragmentado, su apuesta es clara: no simplificar la fe para hacerla aceptable, sino profundizarla hasta hacerla unificadora desde dentro. Si esta línea se consolida, el impacto no será una nueva formulación doctrinal espectacular, sino algo más radical: una Iglesia capaz de pensar, creer y vivir el mismo depósito de fe como realidad siempre antigua y siempre nueva.

12. Desde Gaza en Navidad 2025 hasta presos (diciembre) y primeros mensajes urbi et orbi, prioriza pobres como "maestros del Evangelio"; ¿qué "puentes de diálogo" inéditos propone León XIV en diplomacia y economía vaticana para su segundo año?

La secuencia Gaza (Navidad 2025, gestos con presos en diciembre y los primeros *urbi et orbi,* no son manifestaciones episódicas, sino que configuran una opción hermenéutica. Cuando León XIV nombra a los pobres como "maestros del Evangelio", no introduce un eslogan

social; reubica el punto de vista desde el cual la Iglesia habla, negocia y organiza sus recursos. Ese desplazamiento tendrá, seguramente, consecuencias directas para la diplomacia y la economía vaticana en su segundo año. Los "puentes de diálogo" ya no se diseñan solo entre Estados o mercados, sino a partir de personas que normalmente no son interlocutores.

De modo esquemático presento ocho "puentes de diálogo" en dos planos, el diplomático y el económico; luego los integro en una arquitectura común, con sus oportunidades y límites.

Diplomacia: de la mediación entre Estados a la mediación desde los márgenes:

Puente 1: Mesas de escucha asimétrica. Objetivo: introducir en procesos diplomáticos actores no estatales con autoridad moral derivada de la vulnerabilidad (desplazados, víctimas, comunidades locales). ¿Qué cambia? La Santa Sede deja de ser solo agente entre cancillerías y se convierte en curadora de espacios donde las víctimas son parte del discernimiento. ¿Cómo opera? Encuentros discretos, no mediáticos, donde la narrativa de los más afectados condiciona la agenda (prioridades humanitarias, corredores, treguas locales). ¿Qué efecto produce? Desplaza la lógica de "intereses" hacia una gramática de responsabilidades. Comentario crítico: Aumenta la legitimidad ética, pero puede tensar la eficacia negociadora si los Estados perciben pérdida de control del marco socio-político.

Puente 2: Corredores de confianza (humanitarios + simbólicos). Objetivo: acoplar acciones humanitarias verificables (corredores, intercambio de prisioneros, acceso sanitario) con gestos simbólicos vinculantes (días de silencio, compromisos públicos de no escalada). ¿Qué cambia? No solo se negocian concesiones materiales, sino rituales de desarme narrativo. ¿Cómo opera? Secuencias cortas, medibles, con verificación independiente y acompañamiento eclesial local. ¿Qué efecto produce? Crea microclimas de confianza que pueden escalar. Comentario crítico: funciona mejor en conflictos de intensidad media; en guerras de alta intensidad, el simbolismo corre el riesgo de ser instrumentalizado.

Puente 3: Diplomacia de conciencia transnacional. Objetivo: activar redes de creyentes y no creyentes (universidades, ONG, comunidades religiosas) para incidir en opinión pública y élites más allá de los canales estatales. ¿Qué cambia? La Santa Sede no solo negocia con los de arriba; sincroniza con los de abajo. ¿Cómo opera? Campañas discretas, documentos de consenso ético, presión moral coordinada en momentos clave. ¿Qué efecto produce? Reduce la polarización interna en países implicados y abre ventanas políticas para acuerdos. Comentario crítico: difícil de calibrar; su eficacia depende de la capilaridad local y puede ser leída como injerencia.

Puente 4: Ecumenismo operativo para la paz. Objetivo: pasar del gesto ecuménico a la acción coordinada intereclesial en zonas de conflicto. ¿Qué cambia? Iglesias diversas actúan como infraestructura moral conjunta (refugio, mediación comunitaria, educación para la reconciliación). ¿Cómo opera? Protocolos compartidos, presencia conjunta en terreno, mensajes convergentes. ¿Qué efecto produce? Una "voz" creíble que trasciende identidades confesionales en contextos fracturados. Comentario crítico: exige niveles de confianza intereclesial que no siempre están maduros; riesgo de fricciones doctrinales.

Economía vaticana: del asistencialismo a la "co-producción con los pobres":

Puente 5: Fondos de reciprocidad. Objetivo: reconfigurar instrumentos financieros vaticanos hacia modelos de co-inversión con comunidades vulnerables. ¿Qué cambia? El pobre deja de ser beneficiario pasivo y pasa a agente económico. ¿Cómo opera? Fondos mixtos (donación + inversión), gobernanza local, métricas de impacto humano (no solo Retorno sobre Inversión). ¿Qué efecto produce? Sostenibilidad y dignidad; se reduce dependencia. Comentario crítico: requiere capacidades de gestión local y sistemas de control robustos para evitar ineficiencia.

Puente 6: Auditoría ética participativa. Objetivo: incorporar a representantes de comunidades afectadas en instancias de evaluación de proyectos financiados o avalados por la Santa Sede. ¿Qué cambia? La transparencia deja de ser técnica y se vuelve relacional. ¿Cómo opera? Paneles mixtos (expertos + comunidad), informes públicos

accesibles, mecanismos de queja vinculantes. ¿Qué efectos produce? Credibilidad reforzada y aprendizaje institucional. Comentario crítico: puede ralentizar decisiones y generar tensiones con estándares financieros clásicos.

Puente 7: Cadenas de valor solidarias. Objetivo: articular redes productivas donde parroquias, diócesis y entidades vaticanas prioricen proveedores de economía social. ¿Qué cambia? El gasto eclesial se convierte en palanca de mercado (actividad, empleo y consumo en diversos sectores). ¿Cómo opera? Criterios de compra responsable, contratos estables, acompañamiento técnico. ¿Qué efectos produce? Inserción laboral y ecosistemas locales resilientes. Comentario crítico: necesita coordinación global y puede enfrentar sobrecostes iniciales.

Puente 8: Educación financiera con interioridad. Objetivo: programas formativos que integran competencia económica + discernimiento ético (coherente con su énfasis en interioridad). ¿Qué cambia? No solo se enseña a gestionar recursos, sino a ordenar deseos y fines. ¿Cómo opera? Currículos en redes educativas católicas, mentores, evaluación de impacto en decisiones reales. ¿Qué efectos produce? Reduce la captura de agentes económicos por lógicas extractivas, pasando de una dependencia basada en la extracción intensiva de recursos naturales (minería, petróleo, agricultura intensiva, pesca industrial) hacia formas de producción más sostenibles, diversificadas y con mayor valor añadido. Comentario crítico: impacto lento; difícil de medir a corto plazo.

Estos puentes de diálogo responden, desde mi punto de vista, a un mismo marco epistemológico: 1) Primacía del testigo sobre el experto. Los pobres como "maestros" no sustituyen al experto, pero reordenan la deliberación: la experiencia herida tiene autoridad epistémica; 2) Desarme de la negociación. Coherente con su idea de "paz desarmada": menos maximalismo, más interacciones pequeñas verificables. 3) Sinodalidad operativa. No solo consulta, sino co-decisión gradual con actores diversos, también en economía. 4) Interioridad como infraestructura. Las decisiones sostenibles requieren personas capaces de discernir más allá del interés inmediato.

Sobre los escenarios para el segundo año, ofrezco tres apuntes de modo breve:

A) Escenario alto (coherencia sostenida). Se consolidan procesos de "mesas de escucha asimétrica" con resultados concretos (treguas locales, acceso humanitario). Lanzamiento de al menos un fondo de reciprocidad con métricas públicas. Primeras prácticas de auditoría ética participativa. El resultado, de llevarse a efecto, sería el aumento de credibilidad moral y efectos tangibles limitados pero reales.

B) Escenario medio (implementación parcial). Predominan gestos y documentos; práticas económicas con alcance restringido, e impacto diplomático indirecto vía opinión pública. Como resultado, narrativa fuerte, cambios estructurales aún incipientes.

C) Escenario bajo (resistencia y captura). Resistencias internas y externas diluyen las iniciativas. Riesgo de que el lenguaje de los pobres sea cooptado sin cambios de práctica. El resultado, alto capital simbólico, baja transformación efectiva.

La apuesta de León XIV es intelectualmente coherente y estratégicamente audaz. Propone trasladar el centro de gravedad de la diplomacia y la economía hacia quienes no suelen tener voz, sin abandonar los canales clásicos. La dificultad no es conceptual, sino institucional y cultural: integrar nuevos actores en procesos formales, aceptar métricas de éxito no convencionales, y sostener tiempos largos en contextos de urgencia.

Dicho sin rodeos: si estos "puentes" se implementan, aunque sea parcialmente, la Santa Sede pasará de ser un mediador respetado a ser un arquitecto de procesos donde la voz de los vulnerables condiciona decisiones reales. No producirá soluciones rápidas ni espectaculares, pero puede introducir algo más raro: confianza verificable en pequeñas escalas que, acumulada, cambie el clima de negociación y de economía. Esa es, probablemente, la contribución más específica –y más exigente– de su segundo año de pontificado.

13. En su homilía del Jubileo de Equipos Sinodales (octubre 2025), urge "caminar juntos" desde periferias; ¿qué tensiones concretas entre Curia y Iglesias locales resuelve León XIV en este primer año, según su experiencia agustina compartida con Prevost?

La homilía del Jubileo de Equipos Sinodales, con su imperativo de caminar juntos desde las periferias, es una toma de posición sobre el punto de partida del gobierno eclesial. Leída a la luz de su formación agustiniana y en sintonía con la experiencia pastoral misionera y, más profundamente, con Agustín de Hipona, permite identificar tensiones muy concretas entre la Curia y las Iglesias locales, que León XIV intenta reconfigurar –más que "resolver" de una vez– en su primer año.

A continuación, detallo de forma esquemática esas tensiones, el modo en que las aborda, la lógica agustiniana que las sostiene y el resultado final.

1. Centro normativo vs. discernimiento local (quién decide, cuándo y con qué información). Tensión clásica: Curia (tendencia a decisiones uniformes, preventivas, con lógica de "seguridad doctrinal") e Iglesias locales (necesidad de respuestas contextualizadas, con tiempos y datos propios). León XIV en el primer año de pontificado introduce circuitos de escucha previa vinculante antes de decisiones relevantes (no meramente consultiva), y fomenta ventanas de adaptación, es decir, marcos comunes con márgenes explícitos de inculturación. La clave agustiniana, *Magister interior*: la verdad no se impone sin reconocimiento en la conciencia concreta, que traducido institucionalmente significa: la norma universal debe atravesar el discernimiento local para ser plenamente eclesial. El resultado observable es menos decisiones "sorpresa" desde el centro y más procesos con fases locales antes de la síntesis romana.

2. Uniformidad disciplinar vs. comunión plural (unidad entendida como igualdad o como convergencia). Tensión clásica: Curia (equiparar unidad con homogeneidad de prácticas) e Iglesia local (reivindicar diversidad legítima: cultural, pastoral, e incluso litúrgica). Por su parte, León XIV reafirma una jerarquía de cuestiones: no todo

exige el mismo grado de uniformidad, y legitima soluciones diferenciadas cuando preservan el núcleo común. La clave agustiniana: La unidad es *caritas ordinata*, orden en el amor, no uniformidad externa. La comunión se prueba en la capacidad de integrar diferencias sin romper el vínculo. El resultado es disminución de conflictos binarios (Roma vs. periferia), y aparición de modelos pastorales plurales bajo un mismo marco doctrinal.

3. Control administrativo vs. corresponsabilidad sinodal (gobernar "para" o gobernar "con"). Tensión clásica: Curia (centralización de procedimientos y validaciones) e Iglesia local: demanda de agilidad y corresponsabilidad real. El movimiento de León XIV: co-decisión gradual en ámbitos no dogmáticos (planificación pastoral, prioridades sociales), y refuerzo de instancias intermedias (regionales) para evitar la sobrecarga romana. La clave agustiniana: *Communio* (fraternidad, unidad en Cristo) como forma en que se organizan y viven las relaciones. La autoridad auténtica edifica al otro, no lo sustituye, ni lo absorbe. El resultado: Mayor implicación de laicos y equipos locales en decisiones operativas.

4. Lenguaje jurídico vs. lenguaje pastoral-existencial (cómo se comunica la verdad). Tensión clásica: Curia (precisión jurídica y categorial) e Iglesia local (necesidad de lenguajes comprensibles y performativos). El movimiento de León XIV se centra en la promoción de documentos con doble registro: claridad doctrinal + mediación pastoral; y valoración de relatos y testimonios de periferia como parte del proceso de recepción. La clave agustiniana: Verdad y amor son inseparables; lo verdadero debe ser decible como bien, y el lenguaje no es neutro, o acerca o excluye. El resultado: Mayor inteligibilidad sin diluir contenido y menor fricción en la recepción de orientaciones.

5. Temporalidad corta (urgencia curial) vs. tiempo de maduración (Iglesias locales) (rapidez vs. asimilación). Tensión clásica: Curia (presión por responder rápido y de forma global) e Iglesia local (los procesos requieren inculturación y pedagogía). León XIV introduce secuencias por etapas (escucha –prueba local –evaluación –ajuste), y acepta resultados no simultáneos entre regiones. La clave agustiniana: La verdad se interioriza gradualmente; forzarla produce rechazo o superficialidad. La historia es lugar teológico y la Iglesia aprende en

el tiempo. El resultado: Menos decisiones uniformes precipitadas y mayor calidad en la recepción, aunque con ritmos desiguales.

6. Evaluación técnica vs. discernimiento espiritual (criterios de éxito). Tensión clásica: Curia (indicadores cuantitativos y cumplimiento normativo) e Iglesia local (valoración cualitativa: conversión, comunión, impacto real). León XIV incorpora criterios espirituales en evaluaciones (frutos de comunión, reconciliación, inclusión) y espacios de discernimiento comunitario antes de decisiones relevantes. La clave agustiniana: No todo lo valioso es medible; el criterio último es la caridad que edifica. El discernimiento es acto comunitario iluminado por la gracia, no solo análisis técnico. El resultado: evaluaciones más complejas, pero más fieles a la misión. Tensión con culturas administrativas puramente basadas en datos medibles y métricas específicas de eficacia.

7. Curia como "centro de mando" vs. Curia como "ministerio de comunión" (identidad institucional). Tensión de fondo: ¿Es la Curia romana principalmente órgano de control o servicio a la comunión? León XIV reorienta simbólicamente a la Curia como facilitadora de procesos: coordina, escucha, integra, y solo excepcionalmente impone. La clave agustiniana: La autoridad es *ordo amoris*: ordenar para hacer posible la comunión. El poder que no edifica, no es verdaderamente eclesial. El resultado: Cambio de ethos más que de organigrama, y expectativas nuevas sobre el "estilo" curial.

Después de todo lo señalado, ¿qué tensiones "resuelve" realmente? León XIV no elimina las tensiones en el seno de la Iglesia; hace algo más estratégico: las convierte en tensiones dinámicas, reguladas por procesos sinodales y criterios espirituales. Sus intervenciones en el primer año de pontificado lo podríamos resumir así: De imposición a discernimiento compartido; de uniformidad a comunión diferenciada; de control a corresponsabilidad; de rapidez a maduración; de técnica a espíritu + técnica. El molde agustiniano es evidente y coherente: interioridad (discernimiento), caridad (criterio), comunión (fin).

El primer año de León XIV deja una dirección inequívoca: la reforma no consiste en debilitar la Curia, sino en convertirla en un instrumento que haga posible que las Iglesias locales, especialmente desde las periferias del sufrimiento, sean verdaderos centros de vida

cristiana y discernimiento eclesial. Si esta lógica se consolida, la relación Curia–Iglesias locales puede que sea tensa, pero no en sentido negativo, sino como signo de comunión viva y real, evangélicamente fecunda en la unidad de toda la Iglesia

14. El mensaje para la LIX Jornada Mundial de la Paz (1 enero 2026) vincula paz mundial con conversión interior; tras mediaciones discretas en conflictos globales, ¿ve en León XIV un Papa "agustino de la geopolítica", articulando Ciudad de Dios y ciudad terrena como nadie desde Benedicto XVI?

La pregunta es sugerente porque obliga a leer a León XIV no solo como pastor, misionero y reformador intraeclesial, sino como intérprete teológico de la geopolítica. Su mensaje para la LIV Jornada Mundial de la Paz (1 enero 2026) –donde vincula paz mundial y conversión interior– no es una exhortación moral genérica: es una tesis estructural. Propone que la arquitectura de la paz depende, en última instancia, de la configuración interior de las personas que actúan en la historia. La cuestión es si esto permite hablar de un "agustino de la geopolítica" y si, en ese sentido, su articulación entre la *civitas Dei* y la *civitas terrena* es recurrente desde Benedicto XVI. La respuesta exige matizar, pero el núcleo es claro: sí, con condiciones y en un registro distinto al de Benedicto.

León XIV está operando con una intuición típicamente agustiniana, tomada de Agustín de Hipona: no hay paz duradera sin orden en el corazón humano (*ordo amoris*). Esto implica afirmar que la guerra no es solo un fallo institucional, es también desorden del amor (ambición, miedo, dominación). Por tanto, su ecuación no es, más tratados más paz, sino más conversión más condiciones reales para la paz.

Esto podría parecer espiritualismo… pero León XIV lo traduce en práctica: mediaciones discretas que buscan cambios, no solo acuerdos; énfasis en gestos de desarme narrativo (lenguaje, símbolos, reconocimiento del otro), e insistencia en actores capaces de autolimitación moral. Es decir, no sustituye la diplomacia, pero intenta fundarla en una antropología más profunda.

Para entender la novedad de León XIV se requiere precisar el marco de *La ciudad de Dios*. Agustín habla de dos ciudades, no de dos estados; no habla de instituciones, sino de dos amores: amor a Dios hasta el olvido de sí (ciudad de Dios), y amor de sí hasta el desprecio de Dios (ciudad terrena). Así actualizada esta enseñanza: la geopolítica no se divide en "buenos vs malos", sino en dinámicas de amor ordenado vs desordenado dentro de todos los actores. De este modo evita demonizaciones simplistas, permite trabajar con todos los interlocutores e introduce una crítica transversal del poder (también dentro de la Iglesia). Ambas ciudades coexisten en la historia, están entrelazadas, y no se identifican plenamente con ninguna estructura política.

El papa Benedicto XIV hizo algo importante: insistir en la razón ampliada, criticar la tecnocracia sin ética, y vincular verdad, libertad y paz. En ese sentido, Benedicto también es profundamente agustiniano. El enfoque del Papa alemán es epistemológico y cultural, de cómo la verdad ilumina la vida pública; y el del Papa americano, existencial y procesual, de cómo la interioridad transforma la historia. Ambos tienen su propio riesgo. Aquel se percibe como abstracción, y este parece poco operativo. Expresado todo de modo sintético: Benedicto: La vedad hace posible la paz; León XIV: el corazón convertido hace practicable esa verdad. No se oponen, se complementa. Para León XIV la historia cambia por conversiones parciales acumuladas.

La insistencia de León XIV en los pobres como "maestros" implica la ampliación conceptual de diplomacia y la incorporación de voces que no operan desde el poder. Esta opción rompe con la lógica clásica, donde solo negocian quienes tienen capacidad de coerción. De este modo va a la raíz antropológica del conflicto, evita esquemas binarios y refuerza el papel singular de la Santa Sede. Ahora bien, la conversión no es simétrica, ni está garantizadas. A su vez, los actores pueden usar un lenguaje moral sin que ello signifique cambio de actuaciones.

El "como nadie desde Benedicto XVI" puede sostenes de modo afirmativo si se entiende bien. No porque León XIV sea "más profundo", sino porque rearticula el agustinismo en clave operativa y con-

temporánea. Su originalidad está en llevar la relación entre interioridad y política desde el plano teórico al método diplomático concreto.

Después de lo expuesto, la respuesta final a la pregunta en su conjunto es sí. Me parece razonable ver en León XIV un "agustino de la geopolítica", pero con una precisión crucial. León XIV no ofrece una geopolítica alternativa en términos de poder, sino una metapolítica de la conversión que condiciona cualquier geopolítica viable. Su propuesta no compite con estrategias militares, alianzas, tratados, sino que intenta responder a una pregunta más radical: ¿qué tipo de persona hace posible que esas estrategias no degeneren en violencia permanente?

IV. ¿Qué sabe León XIV de España?

Esa fue la pregunta que me propuso desarrollar el director de *Región Digital,* Juan Manuel Vidal, pocos días después de conocerse oficialmente el viaje apostólico de León XIV a España (6-12 de junio de 2026). En seis claves abordo, de modo sintético, sus "saberes" de esta tierra, no entendidos como mera acumulación de datos, sino como una forma de comprensión en la que historia, cultura y fe se entrelazan. León XIV reconoce en España un espacio donde el cristianismo no solo se ha pensado, sino también vivido con intensidad singular. Su presencia quiere ser, por ello, una palabra que aliente, no para repetir el pasado, sino para reconocer en él una promesa. Porque incluso en tiempos recios, España puede volver a leerse a sí misma como vocación, lugar donde la fe, pensada y vivida, vuelve a hacerse camino. Porque donde hay búsqueda, comunión y esperanza, el futuro comienza ya a tomar forma con lenguaje nuevo y renovada autenticidad.

1. Clave histórica

La pregunta *¿Qué sabe León XIV de España?* en clave histórica no se responde con un inventario de datos, sino con una lectura de larga duración. ¿qué significa España en la memoria de la Iglesia, en la configuración de Europa y en la historia global? Un pontífice no "sabe"

como un historiador, pero sí interpreta procesos, reconoce continuidades y discierne rupturas.

Desde sus orígenes medievales, España no es un bloque homogéneo, sino una zona de contacto: mundo cristiano latino, mundo islámico de *Al-Ándalus* y tradición judía sefardí. León XIV sabe que España fue durante siglos frontera viva, no solo militar (la Reconquista), sino cultural e intelectual. La idea de "convivencia", con todas las limitaciones de una coexistencia regulada y jerárquica, muestra que España fue un espacio donde la identidad se construyó en tensión con el otro. Históricamente, esto deja una huella clave: España no entiende su unidad sin conflicto ni sin síntesis.

El año 1492 concentra varios eventos decisivos: Toma de Granada, expulsión de los judíos y llegada a América. Aquí nace una España que se percibe como proyecto universal. Bajo una monarquía católica –Reyes Católicos y los Habsburgo–, España se convierte en potencia política global, defensora del catolicismo frente a la Reforma, y motor de la primera globalización. León XIV sabe que España no solo expandió territorios, sino también estructuras mentales y religiosas: evangelización, Leyes de Indias (derecho indiano), y debates sobre la dignidad humana (Escuela de Salamanca). En esa reconocida escuela, con figuras como Francisco de Vitoria y Domingo de Sotos, sabe que se desarrolló el derecho internacional y la teología moral. También sabe que este impulso estuvo atravesado por tensiones estructurales y contradicciones: Evangelización y violencia, universalismo cristiano y dominación imperial.

Los siglos XVI y XVII constituyen el Siglo de Oro, donde España alcanza una cima cultural extraordinaria en literatura (fray Luis de León, Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca), pintura (Velázquez, El Greco), teología y mística (Santa Teresa, San Juan de la Cruz). A la luz de la interioridad luminosa de Teresa y Juan, donde el alma aprende a arder en silencio, y de la inquietud siempre viva de Agustín de Hipona, comprende que el porvenir no está clausurado. También sabe que esta grandeza convive con crisis económicas, decadencia política progresiva y rigidez institucional. Aquí percibe una clave española: la coexistencia de esplendor interior y fragilidad estructural. España produce una cultura profundamente

reflexiva, consciente de la vida, del tiempo, y de la muerte. No es una cultura ingenuamente triunfalista, sino autocrítica. Esto también lo sabe León XIV.

La entrada en la modernidad es particularmente conflictiva en España: Ilustración débil, limitada y desigual, guerras civiles en el siglo XIX y polarización ideológica creciente entre liberalismo y tradicionalismo. La Constitución de Cádiz (1812) muestran intentos de modernización al intentar liquidar los fundamentos del Antiguo Régimen, pero sin continuidad estable debido a los conflictos políticos y el regreso del absolutismo. A pesar de su corta vida, "La Pepa" sentó las bases del constitucionalismo español y tuvo gran influencia en la independencia de las nacionales latinoamericanas.

Un punto culmen de la historia de España, la Guerra civil de 1936-1939. León XIV sabe que este episodio no fue solo un conflicto nacional, sino un trauma espiritual. Persecución religiosa e instrumentalización de la fe. León XIV interpreta la contienda nacional como guerra social, conflicto ideológico y episodios de violencia máxima con atroz persecución religiosa. Sabe también que no sirven las narrativas simplificadoras. Posteriormente, la dictadura de Francisco Franco, donde la Iglesia aparece como aliada del régimen.

Hoy, España es democrática y moderna, miembro de la Unión Europea, sociedad donde la secularización avanza y aprende –no sin tensiones– a vivir en pluralidad, si bien arrastra preguntas históricas abiertas: ¿Cómo integrar memorias enfrentadas? ¿Qué hacer con el legado religioso? ¿Cómo equilibrar identidades regionales y unidad nacional? León XIV sabe que España es un país donde la historia no está cerrada, sino en constante reinterpretación.

Desde una mirada histórica profunda, la España que León XIV percibe no se define por una sola narrativa, sino por polaridades persistentes: Imperio-crisis, fe-secularización, unidad-diversidad, tradición-modernidad. El papa entiende a España como un proceso donde cada etapa deja preguntas abiertas a la siguiente. Al mismo tiempo, sabe que ya ha comenzado la "postmemoria", es decir, la reinterpretación por las generaciones actuales de conflictos no vividos directamente.

Entonces, ¿qué sabe León XIV de España, históricamente? Sabe que España es una frontera convertida en nación, un imperio que reflexionó sobre sí mismo, una cultura brillante atravesada por crisis (políticas, sociales y económicas). Sabe que España es una sociedad más moderna, dinámica y resiliente, marcada por transformaciones profundas que han reconfigurado su identidad colectiva en medio de la complejidad contemporánea.

2. Clave espiritual y mística

¿Qué sabe León XIV de espiritualidad y mística españolas? La pregunta invita a una reflexión que trasciende el conocimiento factual –datos, eventos, autores y títulos de obras– para adentrarse en una comprensión más profunda: la de un país, España, como realidad espiritual, como memoria colectiva y como vocación en la historia.

Desde esa perspectiva, León XIV sabe que España, en su alma histórica, está marcada por tensiones fecundas: Unidad y diversidad, tradición y ruptura, fe y secularización. España no es simplemente un lugar, es una experiencia acumulada de búsqueda de sentido, profundamente atravesada por el cristianismo, pero también por la duda, la crisis y la renovación.

El papa Prevost sabe en términos de discernimiento espiritual, qué ha sido España para la Iglesia y qué puede seguir siendo. España ha sido durante siglos una de las grandes matrices espirituales del cristianismo. No solo por su defensa institucional de la fe, sino por su capacidad de generar formas de vida espiritual: místicos (Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, San Juan de Ávila, etc.), reformadores (cardenal Cisneros, Ignacio de Loyola, etc.), misioneros (América –San Junípero Serra, San Pedro Claver, Santa Rosa de Lima, etc.– y Asia –San Francisco Javier, San José Vaz, San Pablo Miki y compañeros mártires en Japón, etc.–) y teólogos (Francisco de Vitoria, Domingo Soto, Francisco Suárez, etc.), y una religiosidad popular intensa, encarnada en procesiones, silencios y símbolos.

Desde esta óptica, León XIV sabe que España es una tierra donde la fe no ha sido superficial, sino dramática, encarnada, a veces conflictiva, pero profundamente vivida. Sin embargo, toda memoria

espiritual auténtica incluye sombras. España también representa instrumentalización de la religión en el poder, conflictos internos donde la fe se mezcló con la violencia, y crisis modernas de identidad religiosa. Tribunal de la Inquisición y autos de fe, sistema de encomiendas e imposición cultural en América. El Papa no ignora episodios donde la Iglesia aparece vinculada a dinámicas de violencia y dominio. Sabe, como líder espiritual, que España no solo ha dado santos, sino que también ha dejado heridas. En este sentido, sabe reconocer que su historia religiosa no es lineal ni idealizable, sino un proceso de purificación constante.

El Papa sabe que hoy España vive una realidad marcada por el descenso de la práctica religiosa, aumento del pluralismo y del escepticismo, y por una transformación cultural acelerada. Esto no significa ausencia de espiritualidad. Más bien, indica una mutación de las formas de búsqueda. León XIV, en clave espiritual, no ve esto como decadencia pura, sino como una transición desde una fe heredada hacia una fe que necesita ser redescubierta personalmente. España se convierte así en laboratorio de una pregunta universal: ¿cómo vivir la fe en un mundo que ya no la da por supuesta?

Desde una mirada espiritual profunda, lo más importante no es lo que España fue, sino lo que puede llegar a ser. ¿Qué sabe León XIV en este sentido? Que España posee todavía una memoria simbólica potente (arte, liturgia, lenguaje religioso), una sensibilidad para lo trascendente, incluso cuando se expresa de forma fragmentaria; y una capacidad de integrar razón, emoción y misterio. Su posible misión en el viaje a España podría ser de puente entre tradición y modernidad, donde muestre que la fe puede dialogar con la libertad, y se recupere una espiritualidad menos impositiva y más interior, libre y consciente.

Así, la pregunta inicial cambia de sentido al final del camino. León XIV no sabe de España como quien domina un objeto, sino como quien la contempla desde su trayectoria histórica y espiritual: Un pueblo que ha conocido a Dios de manera intensa, que ha luchado con esa experiencia y que hoy busca nuevas formas de significado. La cristiandad sociológica en España ha llegado a su fin, pero el cristianismo continúa. La fe ha dejado de ser un presupuesto social

para convertirse en una opción personal libre. La pregunta por Dios no desaparece, cambia de forma. Lo que está en juego no es la desaparición de la fe, sino su reconfiguración. ¿Cómo ser Iglesia en una España que ya no es cristiana por defecto?

Ese discernimiento –si es auténtico– no juzga desde fuera, sino que escucha, acompaña y espera. León XIV sabe que la secularización en España está dando paso a un nuevo *kairós*: un tiempo de purificación y de nueva evangelización. Purificación, porque la Iglesia en España está llamada a releerse con verdad, a desprenderse de inercias, de seguridades mal fundadas y de todo aquello que oscurezca la transparencia del Evangelio. No como gesto de ruptura, sino como ejercicio de fidelidad; volver a lo esencial para que lo esencial vuelva a hablar.

Y, precisamente por ello, tiempo de nueva evangelización. No entendida como repetición de fórmulas, sino como recreación del anuncio en un mundo que ha cambiado. Aquí, la sinodalidad –tal como la impulsa la Iglesia Católica hoy– se presenta no como estrategia, sino como forma: modo concreto de ser Iglesia como pueblo de Dios que camina, discierne y anuncia unido. Una Iglesia que escucha antes de hablar, que reconoce la pluralidad sin diluir la comunión, y que encuentra en ese "caminar juntos" su credibilidad.

3. Clave filosófica-teológica

Cuando León XIV piensa en España, no despliega primero archivos y estadísticas, sino que entra –casi en silencio– en una memoria viva, hecha de voces, textos, cuerpos orantes, conflictos y búsquedas. España, para él, no es una idea, es una tradición interpretada. Cuando piensa en España, entra –más bien– en un tejido de voces, una conversación secular donde teólogos, biblistas, filósofos, escritores y creyentes han intentado comprender qué significa Dios en la historia. España no es para él un objeto, sino una tradición interpretativa en movimiento.

Lo primero que León XIV percibe es que España no solo ha creído, sino que también ha pensado la fe. Sabe de los debates contemporáneos, la relación entre Dios, mundo y sociedad, obje-

to de investigación rigurosa. En esa tradición, la fe no se entiende como simple adhesión, sino como problema filosófico, cuestión ética e interrogante histórico. León XIV reconoce aquí un rasgo distintivo. En España, la teología nunca ha sido solo repetición, sino también discusión, tensión y búsqueda conceptual. León XIV "escucha" una polifonía de autores españoles que intentan repensar cuestiones candentes que suscita la revelación, la imagen de Dios y la relación fe-cultura. León XIV no encuentra una teología unificada, sino una búsqueda plural, a veces conflictiva, siempre inacabada.

Reconoce, en ese sentido, una tradición filosófica singular, marcada por una intensidad poco común. Sabe que en el trasfondo de la cultura española laten figuras que han planteado la fe como problema radical, no como evidencia heredada. En Miguel de Unamuno percibe esa conciencia desgarrada donde creer no elimina la duda, sino que la atraviesa. La fe aparece como lucha, como deseo irreprimible de no morir del todo, como una tensión entre razón y anhelo que nunca termina de resolverse. León XIV entiende que este modo de plantear la fe no es una debilidad, sino una forma particularmente honesta de habitarla.

En José Ortega y Gasset observa otro giro decisivo: la necesidad de pensar la vida concreta. La razón ya no es abstracta, sino vital; no se impone desde fuera, sino que emerge de la circunstancia. Para León XIV, esto tiene una consecuencia teológica profunda: la fe no puede presentarse como algo ajeno a la vida real de las personas, sino que debe dialogar con su historia, su contexto, sus heridas y sus posibilidades. En España –intuye– la fe solo puede ser significativa si se hace cargo de la vida tal como es vivida.

Y en María Zambrano descubre una apertura distinta, pero complementaria: la razón poética. Una forma de conocimiento que no reduce la realidad a lo conceptual, sino que la acoge en su misterio. León XIV percibe aquí una intuición clave para el presente. Cuando la razón se vuelve demasiado estrecha, la fe parece irracional; pero cuando la razón se ensancha, la fe puede aparecer como una forma más honda de comprensión. En este horizonte, filosofía y experiencia no se oponen, sino que pueden reconciliarse.

Desde esta constelación de pensamiento, el papa comprende que en España la fe ya no puede proponerse como un sistema cerrado y autosuficiente. Ha quedado expuesta a la crítica, a la sospecha, al desgaste cultural. Pero precisamente por eso, también ha sido purificada. Ya no se sostiene por inercia social, sino que reaparece –cuando lo hace– como pregunta radical: ¿qué significa vivir?, ¿qué hay más allá de la muerte?, ¿dónde encontrar sentido en medio de la fragilidad?

León XIV intuye que incluso las corrientes que parecen alejarse de Dios no han dejado de girar en torno a Él. La ausencia, el silencio, la crisis de fe no son simplemente negación, sino también formas indirectas de relación. En España, piensa, incluso la distancia respecto a lo religioso conserva un tono existencial que remite a lo último. No es un olvido superficial, sino una búsqueda que a veces se expresa en clave de ruptura.

Por eso su diagnóstico es sutil. No se trata de un país que haya abandonado la pregunta por Dios, sino de un país donde esa pregunta se ha vuelto más exigente, menos obvia, más interior. La fe, en este contexto, no puede limitarse a repetirse; necesita ser repensada, recreada, incluso atravesada por la duda sin perder su centro.

En esta clave, León XIV ve una oportunidad más que una amenaza. Una fe que ha pasado por la crisis puede volverse más libre, menos dependiente de apoyos culturales, más consciente de su propio núcleo. Una fe que dialoga con el pensamiento no para defenderse, sino para comprender mejor la experiencia humana que está llamada a iluminar.

Así, lo que León XIV sabe de España en el plano del pensamiento filosófico-teológico es que aquí la fe no se juega en la superficie, sino en profundidad. No como certeza fácil, sino como inquietud persistente. No como herencia incuestionada, sino como posibilidad que debe ser nuevamente elegida. Y en ese terreno –exigente, a veces incómodo, pero profundamente humano– descubre un lugar privilegiado para que el Evangelio vuelva a ser escuchado, no como respuesta prefabricada, sino como palabra que entra en diálogo con las preguntas más hondas de la existencia.

4. Clave pastoral

León XIV contempla España con una mirada que no es nostálgica ni alarmista, sino profundamente pastoral y teologal. No observa un territorio perdido, sino un espacio en transición. Lo que reconoce no es tanto el declive de una forma de Iglesia como el surgimiento –todavía incipiente, a veces ambiguo– de otra manera de vivir la fe.

Sabe que la vida pastoral en España sigue teniendo un anclaje muy concreto: parroquias insertas en ciudades, pueblos y barrios, comunidades pequeñas, grupos que sostienen la vida ordinaria de la fe. No son estructuras abstractas, sino espacios donde la Iglesia se hace cotidiana, en un bautizo celebrado con más tradición que conciencia, en un funeral donde aún resuena la necesidad de sentido, en una fiesta patronal que mezcla fe, cultura y pertenencia. León XIV percibe que estos ritmos sacramentales, aunque a veces vividos de forma cultural, siguen siendo una puerta real de acceso a la experiencia religiosa.

Pero también ve con claridad la tensión que atraviesa muchas de estas comunidades. Ya no sostienen una cristiandad sociológica –ese tiempo en que la fe era el marco compartido–, pero tampoco han terminado de configurarse como comunidades misioneras conscientes. Es un momento intermedio, frágil, donde conviven inercias del pasado con intuiciones del futuro. Y, sin embargo, en medio de esa tensión silenciosa, identifica algo decisivo: allí donde hay cercanía real, escucha sin juicio y cuidado concreto, la parroquia sigue siendo significativa. No por su estructura, sino por su calidad humana y evangélica.

En relación con los jóvenes de España, su diagnóstico evita tanto el pesimismo como la idealización. Sabe que no están masivamente presentes en las parroquias, pero también que no están ausentes de la búsqueda espiritual. Aprecia en ellos una sensibilidad aguda hacia la autenticidad, una fuerte preocupación por la justicia y una cierta desconfianza hacia lo institucional cuando se percibe rígido o autorreferencial. Pero, al mismo tiempo, reconoce su apertura a experiencias intensas: retiros, espacios de silencio, voluntariado, encuentros donde la fe se vive más que se explica.

Desde ahí, León XIV intuye una clave pastoral fundamental: no se trata de recuperar a los jóvenes mediante estrategias de atracción,

sino de traducir la fe a un lenguaje significativo para su experiencia vital. Esto implica un desplazamiento importante; de la transmisión doctrinal como punto de partida a la experiencia como lugar de encuentro; de exigir pertenencias claras desde el inicio a acompañar procesos abiertos, a veces largos, siempre personales. En su comprensión teológica, esto no es una rebaja, sino una vuelta a lo esencial. En las fronteras, la fe se despoja de lo accesorio y se expresa en gestos concretos –escucha, cuidado, dignidad– que hacen visible el Evangelio antes de nombrarlo.

También sabe que la Iglesia en España ya no es culturalmente homogénea. La presencia de fieles provenientes de América Latina, África, Asia y otras partes de Europa está transformando el rostro eclesial. No se trata solo de diversidad sociológica, sino de una verdadera interculturalidad en gestación. León XIV reconoce aquí tanto un desafío como una oportunidad. El desafío es evitar una convivencia superficial donde los migrantes sean meros usuarios de servicios religiosos sin verdadera integración en la vida comunitaria. La oportunidad, mucho más profunda, es dejarse renovar por estas comunidades, que a menudo traen una vivencia de la fe más expresiva, más comunitaria y más vital.

En cuanto a los procesos eclesiales, el papa es consciente de los esfuerzos realizados: planes diocesanos, itinerarios, dinámicas sinodales. Valora estos intentos como signos de una Iglesia que quiere responder a su tiempo. Pero también identifica un riesgo claro: multiplicar estructuras, documentos y programas sin que haya una verdadera conversión pastoral. Su discernimiento es nítido: no se trata de hacer más cosas, sino de hacerlas desde otro espíritu. Un espíritu menos centrado en la autoconservación y más abierto a la misión, menos preocupado por la eficacia organizativa y más atento a la fecundidad evangélica.

En síntesis, lo que León XIV sabe de España no es una colección de datos, sino una imagen pastoral como pueblo de Dios. Una Iglesia que ha dejado de ser "casa común" para convertirse en "tienda en camino". Una Iglesia más pequeña, ciertamente, pero también con la posibilidad de ser más consciente, más libre, más evangélica. Una Iglesia menos influyente socialmente, pero más capaz de ofrecer sen-

tido desde su propia fragilidad. Y ahí se sitúa su convicción pastoral más profunda: España no es un problema que resolver, sino un proceso que acompañar. Porque la fe no ha desaparecido; está mutando. Late en parroquias discretas, en jóvenes que buscan sin etiquetas claras, en migrantes que rezan con otros acentos, en periferias donde el Evangelio se traduce en servicio. Lo decisivo, para León XIV, no es reconstruir lo que fue, sino reconocer, cuidar y proponer de nuevo lo que ya está naciendo.

5. Clave de la vida consagrada

León XIV mira la vida consagrada en España con una percepción afinada por la experiencia y por una lectura espiritual del tiempo presente. No la observa como un residuo del pasado ni como un cuerpo en extinción, sino como una realidad en transformación, atravesada por una purificación profunda y llamada a reencontrar su núcleo más evangélico.

Sabe que la vida consagrada ha sido durante décadas –y en muchos lugares aún lo es– un pilar esencial de la Iglesia en España: en la educación, en la sanidad, en la acción social, en la presencia misionera. Reconoce su huella histórica, su capacidad de sostener obras, de generar tejido comunitario, de encarnar el Evangelio en formas visibles y estables. Pero también es consciente de que ese modelo, apoyado en la abundancia vocacional y en estructuras fuertes, ha entrado en una fase de declive irreversible.

Lo que León XIV percibe no es simplemente una disminución numérica, sino un cambio de época. Comunidades envejecidas, relevo vocacional escaso, obras que se reestructuran o se cierran, congregaciones que deben repensar su presencia. Sin embargo, lejos de leer esto únicamente en clave de pérdida, lo interpreta como un proceso de despojamiento. Algo se está terminando, sí, pero precisamente para que algo más esencial pueda emerger.

En su mirada, la vida consagrada en España está siendo conducida –quizá sin haberlo elegido– hacia una forma más ligera, menos institucional, más cercana al Evangelio en su radicalidad. Ya no definida tanto por lo que gestiona, sino por lo que testimonia. Ya no sostenida

por su visibilidad social, sino por la calidad de su vida fraterna, su capacidad de oración y su cercanía a los lugares donde la vida es más vulnerable.

León XIV sabe que muchas comunidades religiosas viven hoy en una cierta intemperie. Menos reconocimiento social, menor influencia, más fragilidad interna. Pero también sabe que esa intemperie puede ser un lugar teológico. Allí donde se pierde seguridad, puede crecer la confianza; donde se debilitan las estructuras, puede fortalecerse la autenticidad; donde disminuye la eficacia, puede aparecer la gratuidad.

Percibe, además, que la vida consagrada sigue teniendo una presencia especialmente significativa en las periferias: barrios empobrecidos, acompañamiento a migrantes, atención a personas solas o descartadas. En estos espacios, a menudo lejos de los focos, descubre una forma de vida religiosa que ha sabido simplificarse. Menos discurso, más presencia; menos planificación, más disponibilidad; menos protagonismo, más servicio silencioso. Para León XIV, ahí se está jugando una de las claves del futuro.

También reconoce la pluralidad interna: congregaciones apostólicas en revisión, comunidades contemplativas que resisten en fidelidad escondida, nuevas formas de consagración que buscan su lugar. No idealiza ninguna de estas expresiones, pero ve en todas ellas una pregunta común: ¿cómo vivir hoy la radicalidad evangélica en un contexto que ya no la sostiene culturalmente?

Sabe, asimismo, que la relación entre vida consagrada e Iglesia local está cambiando. Durante mucho tiempo, los religiosos y religiosas han sido "mano de obra" para sostener estructuras pastorales. Hoy, esa lógica se resquebraja. León XIV intuye que la vida consagrada no está llamada simplemente a suplir carencias, sino a ofrecer un carisma propio, una forma específica de estar en la Iglesia que no se diluya en lo funcional. No se trata de hacer lo que falta, sino de ser lo que se es.

En este sentido, su discernimiento es claro: el futuro de la vida consagrada en España no pasa por estrategias de supervivencia, sino por procesos de verdad. Menos preocupación por mantener obras a toda costa y más libertad para dejarlas ir cuando ya no expresan el carisma.

Menos búsqueda de relevancia y más fidelidad al Evangelio vivido en lo pequeño. Menos autorreferencialidad y más apertura a la colaboración con laicos, con otras congregaciones, con realidades eclesiales diversas.

Hay, además, un elemento que León XIV considera decisivo: la capacidad de generar comunidad significativa. En una sociedad marcada por la fragmentación y la soledad, la vida consagrada puede ofrecer –si es auténtica– un signo contracultural, espacios donde se vive la fraternidad real, donde la diversidad se sostiene, donde la vida, valores y creencias se comparten. No como ideal abstracto, sino como experiencia concreta, con sus límites y sus aprendizajes.

En el fondo, lo que León XIV sabe de la vida consagrada en España está pasando de ser una institución fuerte a ser un signo humilde. Y ese paso, aunque doloroso, puede ser profundamente fecundo. Porque allí donde una comunidad religiosa permanece, aunque sea pequeña, rezando, acogiendo, acompañando, sosteniendo la vida sin ruido, algo del Evangelio sigue haciéndose visible. Y eso –más que cualquier estructura, más que cualquier obra– es, para León XIV, lo verdaderamente irrenunciable.

España, en este ámbito, no es un terreno de fracaso, sino un laboratorio silencioso donde la vida consagrada está siendo reconfigurada. No desde el poder, sino desde la vulnerabilidad. No desde la expansión, sino desde la concentración en lo esencial. Y en ese proceso, León XIV no ve el final de una historia, sino la posibilidad de una forma nueva –más desnuda, más libre, más evangélica– de seguir a Cristo en medio del mundo.

6. Clave agustiniana (provincia de San Juan de Sahagún)

España no es, para Robert Francis Prevost, una palabra lejana en los mapas ni un eco abstracto en la historia de la Iglesia. Es, más bien, un territorio recorrido en numerosas ocasiones, escuchado con paciencia y habitado –aunque fuera por temporadas– en la memoria afectiva de quien ha compartido mesa, oración y camino.

Antes de ser León XIV vivió como fraile agustino; y antes de ser figura universal fue hermano entre hermanos. En el convento, Pre-

vost no era "el futuro Papa". Era el fraile que reza, estudia, discierne y trabaja. El que comparte silencios largos y conversaciones sencillas. El que aprende a escuchar antes que a hablar. Ser hermano entre hermanos implica también aceptar la propia fragilidad dentro de la comunidad; corregir y ser corregido, sostener y dejarse sostener. Es una pedagogía de humildad concreta, cotidiana, sin épica. Esa experiencia dejó en él una huella difícil de borrar. Porque quien ha vivido así entiende que la Iglesia no es primero una estructura, sino una comunidad. No es un sistema, sino una relación. Por eso, cuando hoy León XIV habla –o calla– lo hace desde ese aprendizaje previo; el de haber sido uno entre muchos. Y quizá ahí reside una de las claves de su mirada; no mira desde arriba, sino desde dentro.

Como prior general de la Orden de San Agustín visitó España en varias ocasiones. No llegó como turista ni como observador distante, sino como quien busca reconocer en otros el mismo latido, el de una espiritualidad común nacida en San Agustín de Hipona. Cruzó España sin hacer ruido, como quien no necesita anunciar su llegada para ser esperado. No viajaba para ver, sino para encontrarse. En cada comunidad –desde ciudades abiertas al mar hasta conventos recogidos en el interior– buscaba algo que no aparece en los informes, ese pulso invisible que sostiene la vida compartida. Llegaba como hermano que regresa a casa ajena sabiendo, sin embargo, que también es suya. Se sentaba a la mesa común, escuchaba más de lo que hablaba, y en las conversaciones –a veces sencillas, a veces densas de vida– iba trazando un mapa distinto; el de las búsquedas interiores, las fidelidades discretas, las dudas que no se dicen en voz alta. Sabía que, bajo todo eso, había una raíz compartida. La misma que brota desde hace siglos en la palabra inquieta de San Agustín de Hipona: la búsqueda de la verdad no como idea, sino como camino; la comunidad no como refugio, sino como lugar donde el corazón aprende a ensancharse. Quería reconocer el latido. Y ese latido era el mismo, aunque cambiara el acento, la edad o la historia de quienes lo encarnaban

Hoy, próxima la visita a España, la familia agustiniana se le presenta a León XIV, ante todo, como un mosaico de comunidades vivas. Sabe que aquí la Orden se organiza bajo la provincia de San Juan de Sahagún: 307 religiosos repartidos en 36 comunidades, extendidos por veinte diócesis que dibujan un país plural –de Barcelona a Sevi-

lla, de Bilbao a Valencia–. Pero más que cifras, lo que conoce León XIV son los rostros de jóvenes en discernimiento, novicios que llegan desde África o América Latina, comunidades donde conviven lenguas, historias y heridas distintas. España, para él, no es homogénea; es diversidad. donde conviven generaciones, culturas y sensibilidades distintas bajo un mismo carisma.

León XIV sabe del murmullo constante por una preocupación: ¿quién vendrá después? La vida consagrada y la Iglesia buscan responder a esa inquietud y desafío en la continuidad y el futuro de las vocaciones. La pastoral vocacional no es aquí un concepto abstracto, sino un trabajo cotidiano, casi artesanal. Diez jóvenes –apenas diez– se plantean hoy la vida agustiniana en España. Y, sin embargo, hay esperanza. Porque la vocación, en clave agustiniana, no se impone, se despierta. Se cultiva en campamentos, en el Camino de Santiago, en pascuas juveniles, en convivencias donde la pregunta por el sentido se vuelve inevitable. El Papa agustino conoce ese lenguaje. Sabe que la vocación no es una respuesta rápida, sino un proceso profundo de descubrimiento, diálogo y maduración que requiere tiempo, reflexión y oración. Se trata de una llamada al amor y a la plenitud, una relación que necesita escucha para encontrar el sentido de la propia vida. La vocación está relacionada con el "despertar" a la verdadera esencia de uno mismo y amar con mayor profundidad. El reto, como sabe León XIV, no es pequeño: ser comunidad en un mundo fragmentado. En una sociedad que premia lo individual, los agustinos intentan sostener un "nosotros". Ahí resuena, con fuerza, la intuición de San Agustín: la interioridad no como refugio egoísta, sino como camino hacia el otro.

Desde la elección al pontificado del cardenal Prevost algo ha cambiado en la Orden de San Agustín. No de forma estridente, pero sí perceptible. Más miradas, más preguntas, más curiosidad. La Orden –discreta durante siglos– ha entrado en el foco. Para los agustinos españoles, León XIV no es solo el Papa; es "uno de los nuestros". Y eso implica una doble emoción, orgullo y responsabilidad. Porque su figura no solo ilumina, también exige.

León XIV sabe que la presencia agustiniana en España no se limita a los conventos. Hay colegios (17), parroquias (31), iglesias (5), algunas capellanías, espacios donde la espiritualidad se traduce en

educación, acompañamiento y vida ordinaria. Allí, entre aulas y celebraciones, la tradición agustiniana se hace concreta, no como doctrina abstracta, sino como pedagogía del corazón.

La familia agustiniana en España espera la visita de León XIV no solo como un acto institucional, sino un reencuentro. Semejante a cuando alguien vuelve a casa, aunque esa casa esté hecha de muchas ciudades, muchos acentos y muchas pequeñas comunidades. Porque, al final, lo que León XIV sabe de España no cabe en estadísticas. Lo sabe en forma de memoria compartida como huella viva; en forma de nombres que dejaron de ser anónimos para volverse cercanos; en forma de vida –oración, trabajo, búsqueda–, y en ese latido común que, desde San Agustín, sigue pasando de unos a otros sin hacer ruido, y que circula en una mirada que comprende, en una palabra dicha a tiempo, en el silencio compartido que no incomoda, porque no es ausencia, sino presencia plena.

V. Conclusión

La figura de León XIV, leída desde su biografía y desde el marco hermenéutico de su primer año de pontificado, se revela como la de un pastor que no interpreta la realidad desde esquemas prefijados, sino desde un discernimiento en acto, arraigado en la interioridad agustiniana y abierto a la complejidad histórica. Su magisterio inicial no ofrece tanto soluciones inmediatas cuanto criterios de comprensión: una Iglesia en camino, configurada sinodalmente, llamada a integrar tensiones sin anularlas.

En este horizonte, su conocimiento de España adquiere un valor interpretativo singular. No se trata de un saber externo, sino de una lectura espiritual, histórica y cultural de una tierra donde la fe ha sido a la vez matriz, conflicto y búsqueda. España aparece así como un espacio paradigmático para comprender los desafíos contemporáneos de la Iglesia: secularización, pluralidad, memoria herida y posibilidad de renovación.

El viaje apostólico de León XIV se inscribe, por tanto, en una lógica más profunda que la mera visita pastoral. Es un acto herme-

néutico: un encuentro entre una tradición viva y un pontificado en gestación, donde se pone a prueba una intuición central de su pensamiento: que la Iglesia no se comprende a sí misma fuera de la historia concreta de los pueblos.

En este contexto, España se convierte en signo y laboratorio. Tiempo de purificación y de nueva evangelización, donde la sinodalidad –como forma actual de ser Iglesia, pueblo de Dios– puede desplegarse no como teoría, sino como práctica vivida. Allí donde jóvenes, comunidades y migrantes abren caminos de comunión, la fe deja de ser residuo del pasado para convertirse en posibilidad de futuro.

Así, León XIV no llega a España como quien enseña desde fuera, sino como quien reconoce, escucha y acompaña. Porque sabe que en toda historia atravesada por tensiones fecundas –como la española– sigue actuando una promesa: la de una fe que, reinterpretada en cada tiempo, vuelve a hacerse camino.

RAFAEL LAZCANO